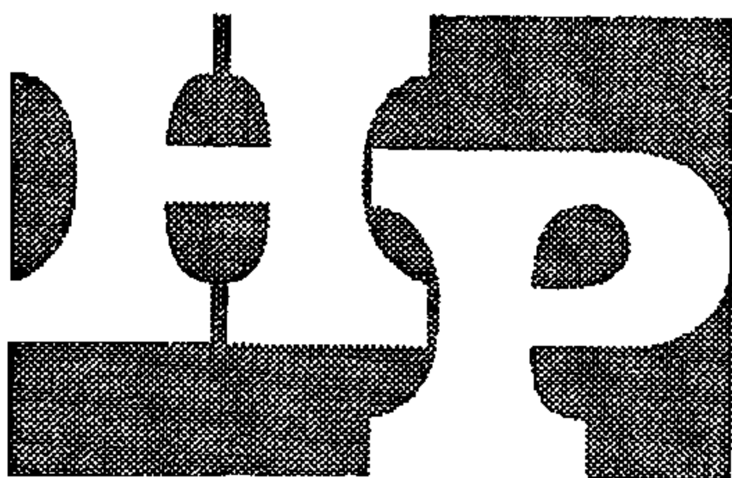


Silver Kane

UNA MUJER PARA EL DIABLO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

UNA MUJER PARA EL DIABLO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 129
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal: B. 16.932- 1972

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: junio, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

El hombre que llegó aquella mañana a Garden, en el estado de Oklahoma, tenía aspecto de ser feliz.

Contaba unos treinta años. Era alto, ancho de espaldas, musculoso y con cabellos rubios. Vestía ropas sencillas, más bien algo usadas, y montaba un penco no demasiado bueno, pero daba la sensación de que aquella mañana todo le parecía maravilloso.

Garden era, en verdad, una población digna de ser admirada.

Tenía pocos habitantes, pero éstos parecían haber sido seleccionados en virtud de una misteriosa ley. No se conocía allí ningún pendenciero, ningún borracho, ningún indeseable. Había un saloon, pero más bien parecía hecho para que los vecinos recitasen allí poesías los domingos por la tarde. Ni siquiera un delegado del *sheriff* había hecho falta jamás en aquella pequeña población.

El hombre descendió de su caballo, apeándose ante la única casa de huéspedes que había en Garden, y miró en torno suyo.

Una sonrisa ancha, cordial, le llegaba de un lado a otro de la cara.

Desde los porches que había a ambos lados algunas personas le miraron, porque Garden no era lugar de paso, y la presencia de un forastero allí siempre llamaba la atención.

El recién venido seguía sonriendo, mirando a todas partes con una especie de embeleso.

Por fin alguien le reconoció.

Era el tendero Jonás, que con su delantal blanco y todo, atravesó la calle, corriendo hacia él mientras momia su voluminoso vientre.

—Eh, Burt…

El recién venido le miró.

A pesar de que seguía sonriendo, daba la sensación de que no

sabía muy bien quién era.

—¿Es que no me reconoces? —preguntó Jonás.

El forastero levantó al fin una mano.

—¡Diantre! ¡Claro que le reconozco! ¡Perdone que haya dudado al principio! ¡Usted es Jonás el tendero!

—¡El mismo, muchacho! ¡Un poco más gordo, pero el mismo!

—¿Aún sigue cobrando la harina al doble de su precio?

Jonás lanzó una carcajada.

—Se hace lo que se puede, muchacho, se hace lo que se puede. Pero te juro por mi tripa que la gente de este pueblo es cada vez más difícil de engañar. Ahora ya no se hacen tantos negocios como antes. ¡Mira quién viene por ahí!

Un tipo alto, cuadrado, fuerte como un toro, se acercaba en aquellos momentos. Llevaba un delantal de cuero y un enorme martillo en la mano derecha.

—¿No conoces a ése?

—¡Es Tom, el herrero!

El tal Tom lanzó su martillo al aire y alzó los brazos mientras corría hacia el forastero.

—¡Burt, muchacho!

Los dos hombres se fundieron en un abrazo. A pesar de que Burt era un hombre extraordinariamente fuerte, resultaba pequeño al lado de aquella especie de hércules que era Tom.

Poco a poco fue llegando más gente, hasta el punto de que la vida en la pequeña ciudad se paralizó por unos momentos. Todos recordaban a Burt, y al parecer todos le apreciaban. El corro de gente se fue haciendo cada vez mayor, y los saludos, las palmadas y los abrazos se fueron haciendo cada vez más intensos y frecuentes.

De una forma insensible, el recién llegado fue llevado hacia el saloon, donde el dueño había preparado ya una hilera de copas, en las que estaba escanciando el mejor *whisky* de la casa.

—¡Bebe, muchacho, bebe! ¡A tu salud!

—A la vuestra. No esperaba esta recepción, la verdad. Sois todos muy buenos conmigo.

—¡Bebe! ¡Bebe! ¡Verás lo que es bueno!

—¿Cuántos años tienes ahora, Burt?

Burt contestó, después de saborear un trago:

—Pronto haré los treinta.

—Diablo… ¿Y cuándo te marchaste de aquí?
—A los veinticinco.
—Muchacho, cómo ha pasado el tiempo…
—Uno no se da cuenta. De repente vuelve uno la cabeza, se mira en el espejo…, ¡y se convence de que ya se ha convertido en un viejo!
—No tanto, Burt, no tanto. Tú tienes un magnífico aspecto. Claro que cuando te fuiste de aquí eras, como aquel que dice, un chiquillo.
—¿Y cómo te ha ido? —preguntó otro.
—Pues… normal.
—¿Eres rico?
—No. Ya ven por mis ropas y por mi pobre penco que no soy lo que se dice un tío afortunado.
—¿A qué te dedicas?
—Conduzco manadas. Soy guía.
—¿Ya qué se ha debido la suerte de que volvieras por aquí?
—Quería ver todo esto. Los recuerdos me han empujado.
—¿Cómo lo encuentras?
—Pues… igual.
Se produjo un extraño silencio después de aquellas palabras del joven. Todos los presentes se miraron, como si acabaran de oír algo así como una barbaridad. Tan rara y tan repentina fue la actitud de todos, que el recién llegado preguntó:
—¿Es que he dicho algo… que no estuviera bien?
—Has dicho que esto estaba igual, Burt.
—Bueno, puede que haya cambiado algunas cosas, pero…
—¡Caray, muchacho! ¡Y tanto que han cambiado cosas! En primer lugar, deberías haberte dado cuenta de algo fundamental. Antes cada casa del pueblo era de un color, y ahora han sido pintadas todas exactamente igual. Ahora todas son blancas.
Otro añadió:
—¿Y los jardines que hemos hecho en torno a ellas? ¿Es que no son nada esos jardines? ¿Eh? ¡Pues piensa que no hay otros iguales en toda esta tierra! ¡Ahora sí que podemos llamar a esto con orgullo la ciudad de Garden!
—¿Y la iglesia? ¡Diantre, pues eso tampoco es moco de pavo! Antes la iglesia era una casa como cualquier otra y ahora tiene una

torre magnífica, con su campana y todo. ¿No te has dado cuenta de eso, Burt?

Burt parecía un poco confuso. Miraba en torno suyo desorientado, sin saber qué decir.

Al fin el tabernero cortó aquella situación.

—Vosotros no os dais cuenta, pero cinco años son bastantes años, amigos. Cuando uno va conduciendo manadas por ahí, y ve cien pueblos distintos, cien iglesias y cien jardines, donde los haya, acaba no acordándose de dónde ha visto eso y dónde ha visto lo otro. Me parece muy natural que Burt no recuerde algunas cosas de Garden. Además, ¡qué diablos!, a nosotros nos parecen sensacionales, pero puede que a un forastero no le llamen ni la atención. Puede que nuestros jardines y nuestra torre sean una birria.

Un aluvión de protestas se levantó ante estas palabras.

—De modo que una birria, ¿eh?

—¿Dónde has visto tú una torre más bonita?

—¡Ahora, en desagravio, vas a pagar otra ronda, carcamal!

El tabernero aceptó encantado.

Todos parecían alegres con el regreso de Burt, como si éste hubiera dejado un magnífico recuerdo en Garden. Y en realidad así era.

Las rondas siguieron, y la vida en la pequeña comunidad se paralizó, hasta que todos estuvieron medio borrachos. Y entonces, algo escamadas, empezaron a llegar algunas mujeres.

—¿Pero qué es esto?

—¿Qué queréis? ¿Que esto termine con una buena tunda?

—¿Dónde os han enseñado a beber de ese modo?

Pero las mujeres, alegres la mayor parte por el regreso de Burt, también se unieron a los brindis, y a los pocos minutos la tranquila ciudad de Garden parecía la antítesis de lo que fue siempre.

Diríase que aquello era la ciudad de Abilene después de la llegada de un equipo de vaqueros.

Los brindis, las canciones, los gritos, se oían por doquier. La alegría era general, y también lo era el despiste.

Por eso nadie se dio cuenta de la llegada de aquellos cuatro jinetes que entraron silenciosamente en la calle principal, procurando que sus caballos no levantaran polvo ni ruido.

Los cuatro iban vestidos de negro, y los cuatro llevaban sobre sus camisas una misma insignia.

Cualquiera que se hubiese fijado en ellos con un mínimo de interés los habría reconocido.

¡Federales!

¡Federales en la tranquila ciudad de Garden!

El que parecía más viejo de ellos se detuvo y miró el penco amarrado ante el saloon.

—Ése es —musitó.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces el viaje no ha sido en vano.

—Ya os dije yo que no lo sería.

—¿Qué hacemos ahora?

El más viejo se acarició la barbilla.

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—Todo el mundo lo está festejando. Por lo visto, Burt es una persona muy querida aquí.

—Sí, eso parece.

—No podemos armar jaleo ahora. Lo mejor será dejarlo para mañana por la mañana.

—¿Y si huye?

—No huirá. Se siente seguro aquí, estoy convencido de eso. Además mañana es domingo. No le dejarán partir.

Hizo una seña e indicó la salida de la población. Eso no era difícil, porque allí la salida estaba prácticamente al lado de la entrada. Las treinta casas de la única calle no ocupaban demasiado sitio.

Silenciosamente, tal como habían venido, los cuatro hombres salieron. Nadie los vio y si alguien llegó a verlos no se fijó demasiado en ellos.

Cuando estaban a media milla del poblado, uno de ellos preguntó:

—¿Qué haremos?

—Acampar un poco más lejos.

—¿Y luego?

—Luego vendrá lo más fácil, amigos. Mañana será un gran día

para nosotros. Ahora lo que debemos hacer es procurar descansar tranquilos.

Los cuatro federales desensillaron sus caballos, tendieron las mantas y se dispusieron a pasar la noche, sin encender ni siquiera fuego para no llamar la atención.

Por la mañana tampoco se dieron prisa.

Era domingo y les sobraba el tiempo.

CAPÍTULO II

Después de ser invitado a beber, Burt había sido convidado a cenar. Sus convecinos se mostraban con él de lo más espléndidos y generosos. Por supuesto, no consintieron tampoco que pagara su habitación en la casa de huéspedes ni la cuadra de su caballo.

Por la mañana, hacia las nueve, se levantó, se aseó, y después de cepillar bien las ropas salió a la calle.

Algunos de sus antiguos convecinos, como por ejemplo el tendero Jonás, ya estaban ante la puerta de la casa de huéspedes.

Todos iban mejor vestidos que de costumbre, y por eso y al no verlos trabajar, adivinó Burt algo de lo cual no se había dado cuenta antes.

—Caramba, hoy es domingo.

—Claro que si, muchacho…

—Así podremos dedicarte más tiempo.

—Suponemos que vendrás al oficio religioso con nosotros…

—No faltaba más.

—Pues andando, porque ahora empieza.

El grupo se dirigió a la iglesia caminando pausadamente. La calle, pintada de blanco, escrupulosamente limpia y sin apenas gente, daba una infinita sensación de paz. En la puerta del templo se habían reunido otras muchas personas, todas las cuales saludaron a Burt.

—Encantados de tenerte otra vez entre nosotros, muchacho…

—A ver si te quedas…

—No, no. Desgraciadamente será por muy pocos días.

Entraron en el templo, y el joven vio que se le destinaba un sitio de honor.

—No, ahí no. No es necesario…

—Tú eres nuestro invitado, muchacho…

—Está bien, gracias. Pero me siento confundido ante tantos honores…

Burt fue a sentarse, y entonces se dio cuenta de que en el banco se encontraba otro hombre.

Éste era joven, más joven que Burt, y hubiera llamado la atención en cualquier sitio, no sólo por la armonía de sus facciones, sino también por la dureza de sus músculos, por la reciedumbre impresionante de su cuerpo.

Y había otra cosa también.

Su inmovilidad.

La inmovilidad terrible de su cuerpo, sobre todo de sus ojos, que parecían no mirar a ninguna parte.

Burt susurró:

—Si quiere usted ponerse más al centro quizá estará mejor…

El joven no volvió la cabeza.

Sonrió apenas para decir:

—A mí me es igual, señor. Veo igualmente. Mejor dicho, no veo nada.

Un estremecimiento recorrió durante algunos segundos el cuerpo hercúleo de Burt.

—¿Es ciego? —musitó.

—En efecto.

—¿Desde hace tiempo?

—Unos meses.

Burt se sentó a su lado y le miró fijamente, como si la presencia de aquel joven le hipnotizase. Aún no había empezado el oficio religioso y por lo tanto no constituía una falta de respeto el estar hablando, pero de todos modos él lo hacía apenas con un leve susurro.

—¿Cómo fue? —preguntó Burt.

—Yo trabajaba en unas minas. La explosión de un barreno.

—¿Incurable?

—No, yo creo que no.

—¿Vive aquí?

—Bueno, de momento puede decirse que así es. Vivo aquí, pero en realidad voy de paso.

—¿A dónde?

El ciego se encogió de hombros.

—¿Quién sería capaz de decirlo?

—¿No tiene trabajo?

—¿Y quién va a dar trabajo a un hombre que no puede valerse de sus ojos? La gente de aquí es buena. Por el momento me proporcionan alojamiento y comida, pero no puedo abusar. Dentro de un día, de dos, me iré a otro sitio.

Burt apretó los labios.

Seguía mirando al joven con extraordinaria fijeza, talmente como si él le hipnotizase.

Introdujo la mano en el bolsillo izquierdo de su camisa y extrajo un arrugado billete.

Cien dólares.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

El ciego susurró:

—Kent.

—¿Puedes aceptarme esto?

—¿Qué es?

—Cien dólares.

Se notó que el ciego tragaba saliva con cierta angustia. Los músculos de su cuello se tensaron un momento.

—¿Es usted rico?

—No.

—¿Entonces por qué me da cien dólares?

—Un préstamo.

—¿Un préstamo? Lo más fácil es que no nos encontremos nunca más y no pueda devolvérselos, señor…

—Me llamo Burt.

—¿Y no necesita usted esos cien dólares?

—Los guardaba para un ser muy querido, pero creo que tú los necesitas más que él, muchacho.

—No, por Dios, no me los dé.

—Te lo ruego…

—Y yo le suplico que no insista. No puedo aceptar nada de un hombre, que no sea rico. De todos modos cuente con mi eterna gratitud, Burt. Hay en sus palabras algo que no podré olvidar nunca.

En aquel momento entró el sacerdote en el pequeño recinto, y

todos se pusieron en pie.

Burt aprovechó el pequeño revuelo que se produjo para depositar blandamente los cien dólares en el bolsillo izquierdo de la camisa del ciego. Éste no lo advirtió.

Como Burt, ni nadie, notó tampoco que acababan de entrar cuatro hombres en la pequeña iglesia.

Cuatro hombres vestidos de negro, con las insignias de agentes federales prendidas en el pecho.

CAPÍTULO III

El sacerdote iba a empezar la ceremonia religiosa. Todos los presentes se habían puesto en pie y estaban pendientes tan sólo de lo que ocurría en el fondo de la iglesia, no en la puerta de ésta.

En especial el que estaba atento a la ceremonia religiosa era Burt, quien se sentía especialmente atraído por la calma solemne, por la quietud augusta que imperaban en el templo.

Y de pronto aquélla, calma fue rota por una voz:

—¡Quietos todos!

Los vecinos de Garden se volvieron hacia la puerta exterior como un solo cuerpo. Rostros asombrados, incrédulos, miraron a aquellos cuatro hombres, que habían desenfundado ya sus armas.

El sacerdote fue el primero en recobrar la voz, después de unos minutos de angustioso silencio.

Preguntó severamente:

—¿Qué es esto? ¿Un atraco?

El más viejo de los hombres de negro mostró su insignia.

—Todos llevamos el mismo emblema, y le aseguro que no es falsificado. No somos atracadores, sino agentes federales.

—¿Y qué quieren?

—Venimos a detener a un hombre.

El sacerdote rió. A pesar de la importancia de su ministerio y de la gravedad del momento, no pudo evitar que a sus labios asomara una suave risa.

—¿Pero qué dicen? ¿Están de broma? Yo conozco sobradamente a todos los vecinos de Garden. Ninguno de ellos es un delincuente ni lo ha sido jamás. Están ustedes en un error, amigos.

—La persona a la que venimos a detener no es un vecino de aquí.

—¿Cómo que no?

—No. Fue vecino de ustedes en otro tiempo, pero han perdido contacto con él durante los últimos cinco años. Llegó ayer, sin duda porque ha creído que esta población era un buen refugio.

—¿A quién se refiere, agente? —preguntó el sacerdote, aunque ya sabía de sobras cuál era el nombre que iban a pronunciar.

—El hombre a quien buscamos se llama Burt.

—¿Y de qué se le acusa?

—De asesinato, así como de rebelión contra el Gobierno de los Estados Unidos.

—¿No es usted muy fantasioso, agente? Todos conocemos bien a Burt, y sabemos que es un hombre sencillo y sin complicaciones. Usted, en cambio, nos lo presenta como un personaje de la mayor importancia. ¡Nada menos que como alguien que monta una rebelión contra el Gobierno de los Estados Unidos!

—No se lo tome a broma, Padre.

—¿Cree qué en un sitio como éste se puede bromear? ¿Yo sólo intento hacerles comprender que se equivocan?

—No estaría tan seguro si supiera qué clase de rebelión es la que ha preparado ese tal Burt. Soliviantó a toda una reserva de indios navajos e hizo que se levantaran contra la autoridad del Gobierno y los delegados del mismo. Con sus propias manos, mató Burt a uno de los delegados gubernamentales para la reserva. Dominar la situación ha costado algunas víctimas, y por eso estamos firmemente decididos a llevarnos a ese hombre… vivo o muerto.

El federal hablaba con una seguridad tal que no podía dudarse de sus palabras. Podía estar equivocado tal vez, pero indudablemente no bromeaba. Además, se leía en su rostro la decisión del hombre honrado a rajatabla, del hombre que quizá no se distinga por su inteligencia, pero que en cambio ha dedicado su vida entera al cumplimiento del deber.

Fue eso lo que obligó al sacerdote a mirar a Burt, mientras sus facciones se volvían intensamente pálidas.

—¿Qué dices a esto, Burt, hijo mío?

La respuesta del joven les dejó a todos helados.

—Que es cierto.

—¿Soliviantaste tú a los hombres de una reserva india?

—Lo que hice fue no permitir que unos delegados

gubernamentales, sin entrañas, los ultrajaran impunemente. Pero, en cierto modo, lo que dice el federal es verdad: mi acto puede ser considerado como una rebelión contra el Gobierno de los Estados Unidos.

—¿Mataste tú a un delegado de la reserva?

También la respuesta de Burt fue rápida y contundente:

—Sí.

El público estaba materialmente petrificado. Diríase que todo el mundo había contenido la respiración.

—¿Fue un asesinato, como dicen esos hombres?

—Fue un duelo en el que la víctima tuvo tantas ventajas como yo. Nunca me hubiese permitido obrar de otro modo.

—¿Y es cierto que has vuelto aquí porque considerabas esto un refugio seguro?

Burt hundió la cabeza.

—Da vergüenza decirlo, pero así es. Creí que hasta Garden no me perseguirían nunca. Ya veo que me equivoqué, y ahora pienso que les he comprometido a todos injustamente. Suplico que me perdonen… aunque algunas cosas no se pueden perdonar.

—¿Te das cuenta de la gravedad de tu situación, hijo mío?

—Sí, padre.

El federal más viejo empezaba ya a impacientarse, aunque de sobras veía que las cosas marchaban bien. Movió el revólver.

—Bueno, basta ya de peroratas. ¿Qué deciden?

—Por lo pronto —dijo el sacerdote con voz suave, pero decidida —, van a guardar sus revólveres. Éste es un lugar sagrado.

—¿Es que va a invocar ahora el derecho de asilo que antes se daba a los criminales en el interior de las iglesias? —Gruñó el federal—. Vamos, no me venga ahora con monsergas. Que ese hombre salga con los brazos en alto o lo sacamos por la fuerza.

—No invoco ningún derecho de asilo, pero tampoco consentiré aquí ninguna escena de violencia —dijo el sacerdote—. Si ese hombre sale será por su propia voluntad.

Miró a Burt. En realidad, todos los rostros estaban vueltos hacia éste, incluso el del ciego, aunque no podía verle.

Burt dijo con un soplo de voz:

—Me entregará voluntariamente.

—¿No quieres asistir antes al oficio religioso, hijo mío? Supongo

que te hará bien, ante las duras pruebas que deberás afrontar.

—¿Para qué voy a violentarles más? —susurró Burt—. Mejor es que me vaya cuanto antes y ustedes me olviden. Demasiadas molestias he traído ya a esta ciudad a la que sólo debo gratitud.

Se puso en el centro del pasillo y alzó un poco los brazos para que los federales se dieran cuenta de que no llevaba armas. En realidad, nadie las llevaba en el interior de la iglesia. Fue acercándose lentamente a la salida.

Nadie despegó los labios. Todo el mundo parecía estar demasiado anonadado, demasiado confundido ante aquella escena increíble.

Sólo el sacerdote dijo al cabo de unos instantes:

—En otro tiempo tú solo viviste un año con nosotros, Burt, pero siempre te consideramos un vecino más, y sobre todo un amigo. Recuerdo que no había un relojero mejor que tú en toda la comarca, ni nadie que arreglase tan bien un arma de fuego, aunque afortunadamente ésas las usamos poco. Ocurra lo que ocurra, debes saber que cuentas con nuestra bendición, hijo mío.

Burt dijo con voz ronca:

—Gracias.

Cuando ya estaba casi en la puerta, alguien marchó tras él.

Aunque caminaba decididamente, sus pasos eran algo inseguros porque no podía ver.

Era Kent, el ciego.

Burt se le quedó mirando.

Sus ojos estaban húmedos.

Parecía increíble aquella emoción en un hombre como Burt, el que se afectara ante un simple joven privado de la vista, pero aquello parecía obedecer a una razón muy íntima, muy profunda y muy entrañable.

Cuando supuso que lo tenía lo bastante cerca, el ciego tendió la mano derecha.

—Le deseo mucha suerte, señor.

—Gracias, Kent.

—Un ciego no puede ser útil para nadie, pero si alguna vez me necesita, si algo puedo hacer, cuente conmigo.

—Gracias otra vez, Kent.

—Adiós, señor.

Los federales abrieron de golpe las puertas y empujaron fuera a Burt con cierta brutalidad.

—¡Hala, a la calle!

Fuera aguardaban los caballos. Las puertas de la iglesia volvieron a cerrarse.

El silencio en la ciudad era absoluto, agobiante.

No soplaba un hálito de viento, no se movía una mota de polvo, no se oía un suspiro en ninguna de las blancas casas.

Los federales guardaron sus armas, al comprobar que el prisionero no llevaba nada que le pudiera servir para defenderse. Sin embargo, no perdieron de vista uno solo de sus gestos.

—¿Dónde está tu caballo?

—En la cuadra pública.

—Pues vamos allá.

—¿Vais a llevarme muy lejos?

—A la capital.

—¿No os puedo pedir un favor?

—¿Favor tú? ¿De qué clase?

—Quisiera ver antes a dos seres muy queridos.

—Pues te quedas con las ganas, amigo.

—No es a mucha distancia de aquí…

Uno de los federales le empujó brutalmente, mientras los otros ponían de nuevo las manos sobre sus revólveres.

—¡Hala, a la cuadra! ¡No perdamos más tiempo!

La cuadra pública estaba a poca distancia de allí. Era la única de Garden, de modo que no había posibilidad de confundirse. El penco de Burt estaba allí como un rey, descansado, fresco y atiborrado de comida y bebida. Puso mala cara al ver entrar allí a su dueño, si es que la mala cara de los caballos puede ser interpretada por los hombres.

—¿La silla?

—Ahí está —dijo Burt.

—Pues ponía enseguida. Y asegúrala bien, porque el viaje va a ser rápido y sin descansos.

—De acuerdo.

Burt tomó con las dos manos la pesada silla del poyo en que ésta se encontraba apoyada. Fue a colocarla sobre el caballo, al cual había apartado ya del pesebre.

Vio entonces que los cuatro federales estaban juntos, muy juntos, sin darse cuenta del peligro que eso podía representar.

Sin mirarlos, para que no se dieran cuenta de lo que pensaba, movió ambos brazos bruscamente.

La pesada silla cayó sobre los cuatro, bruscamente, mientras los federales lanzaban a la vez un grito.

CAPÍTULO IV

Eran hombres experimentados y avezados a toda clase de tretas, pero sin embargo esta vez se encontraron desprevenidos. Quizá habían pensado que Burt estaba ya resignado y hundido. O tal vez habían calculado que un hombre sin armas no podía representar ningún peligro.

El caso fue que no tuvieron tiempo de pensarlo. Antes de poder darse cuenta de nada, ya estaban en el suelo y con la pesada silla encima, impidiéndoles moverse. Dada su proximidad, además, se molestaban unos a otros.

Sin embargo, la ventaja para Burt no hubiera podido durar más allá de un par de segundos, de no haberse movido éste con tanta rapidez. Saltó sobre la silla y dio dos certeros puntapiés a las fundas de los federales que parecían quedar más libres.

Los revólveres saltaron de esas fundas, yendo a parar a unos pasos de distancia.

Un par de segundos más y ya Burt había salido al exterior de la cuadra, fuera de la cual aguardaban los caballos de los cuatro federales.

Con el pie cerró la puerta, que era de gruesa madera y no podía ser atravesada fácilmente por los balazos. Los dos federales que aún conservaban sus armas no vacilaron en tirar, en efecto, pero los proyectiles se hundieron en los troncos sin llegar a atravesarlos.

Burt saltó sobre uno de los corceles. Sabía que sólo disponía de ocho o diez segundos, los que necesitarían aquellos hombres para ponerse en pie, abrir de nuevo la puerta y salir en tromba.

Mediante algunos gritos aprendidos en sus interminables conducciones de manadas, así como un par de golpes en las ancas, espantó a tres caballos, mientras clavaba sus espuelas en los ijares

del otro, que salió disparado como si le persiguiese una manada de bisontes.

Dobló inmediatamente la esquina, mientras los federales salían corriendo de la cuadra, lanzando unas maldiciones que hubieran hecho enrojecer al sargento de un pelotón de caballería sitiado por los comanches.

Los cuatro tiraron rabiosamente, pero Burt ya había doblado la esquina y por lo tanto ya no podía ser alcanzado.

En un instante, la antes tranquila población de Garden se llenó con el estruendo de los disparos y el olor acre de la pólvora.

Los federales, dándose cuenta de que era inútil seguir, disparando, corrieron ahora en todas direcciones, buscando sus dispersos caballos.

—¡Aprisa! ¡Hay que perseguirle!

—¡Vamos! ¡A los caballos!

Lograron capturar a los asustados animales, pero eso no fue fácil. Cada uno de los corceles había ido por un sitio distinto, y además ahora parecían encantados pateando los bien cuidados parterres de los jardines de la población. Opusieron bastante resistencia a perder su libertad, e incluso uno de los federales recibió una coz que por poco lo desloma.

Al fin pudieron montarlos de nuevo.

—¡Vamos! ¡A por él!

Los cuatro federales galoparon rabiosamente tras las huellas del fugitivo, mientras algunas cabezas temerosas se asomaban por la puerta de la iglesia.

A Burt ya no se le veía, porque se había perdido entre unas profundas vaguadas, pero desgraciadamente para él sus huellas estaban muy bien impresas en el polvo seco de la llanura. Para los federales, hombres expertos, fue un juego de niños seguir el mismo camino.

A partir de ese momento, la rabia que les dominaba fue decreciendo poco a poco.

Habían perseguido a Burt durante mucho tiempo, y ya no importaba hacerlo un poco más. Todo era cuestión de tiempo. Éste ya no podría escapárseles, porque iba sin armas, sin alimentos y quizá sin dinero. Y era imposible que les despistase.

Eso ni soñarlo.

Aunque las huellas llevasen hasta el fin del mundo, ellos las seguirían implacablemente.

Burt, por su parte, también se daba cuenta de eso.

Llevaba a sus seguidores dos millas de ventaja aproximadamente y además había escogido el mejor caballo, con lo cual era seguro que, al menos, aquella ventaja se mantendría. Pero no podía albergar grandes esperanzas sobre el futuro.

No había grandes bosques en los cuales perderse, ni ríos más o menos largos para hacer por ellos un trecho, en la confianza de que así se perderían sus huellas. Todo lo que tenía ante la vista era una llanura ondulada y más o menos llena de matojos. Había vaguadas profundas, capaces de ocultar un hombre y un caballo, eso sí, pero sus perseguidores las seguían con tanta facilidad como él mismo.

Aquella situación se prolongó durante varias horas, mientras el sol se elevaba sobre el horizonte. El calor se hizo insoportable, pese a lo cual la persecución no decreció de ritmo, y los caballos soportaron admirablemente el galope y la fatiga.

Por fin, las montañas que al principio Burt había visto como una mancha borrosa en el horizonte, se hicieron más concretas, y poco después empezaba a trepar por ellas.

Lo más difícil empezaba, pero ya estaba cerca del final.

Si se escondía por entre los vericuetos de las montañas, quizá podría salvarse. Y en todo caso allí, casi al alcance de su mano, tenía un refugio. El último refugio.

Los federales se detuvieron al pie de las montañas.

—Se ha perdido de vista —dijo uno.

—Esto está lleno de vericuetos, y si nos despista ya no lo encontraremos hasta que transcurran seis meses.

El de más edad sonrió.

—No os preocupéis. Yo sé a dónde va.

—¿Sí?

—Subamos tranquilamente. Podemos hacerlo porque va desarmado.

—Es que no me gustaría que se nos escapase —masculló uno de los federales—. El Gobierno da nada menos que ocho mil machacantes por su cabeza.

—No se nos escapará —dijo el más viejo—. En realidad no pensaba que íbamos a tener tanta suerte.

Los cuatro subieron.

Mientras tanto Burt había ido ascendiendo, adentrándose cada vez más en las quebradas de la montaña, hasta llegar a una empinada zona en la que había una cabaña de troncos.

Era un lugar idílico, tranquilo, solitario, pero que a los ojos de Burt adquiría, además, un significado maravilloso y especial.

Era su refugio, su último refugio.

Entró en ella, tras descender del caballo y darle una palmada en las ancas, para que se alejase recobrando su libertad.

Dentro de aquella cabaña estaba lo que él más necesitaba: un rifle.

Y lo que más amaba en este mundo: Una mujer y un niño.

CAPÍTULO V

La mujer merece capítulo aparte.

Parecía increíble que en una construcción tan rústica, tan alejada de cualquier núcleo civilizado pudiera encontrarse una mujer como ella. Era alta, de formas rotundas, espléndidamente formada, y vestía con elegancia, aunque sin exageración. Su edad debía oscilar entre los veinticuatro y los veinticinco años.

En cuanto al niño, debía tener unos cuatro años. Iba sencillamente vestido, era rubio, de facciones sonrosadas y parecidas a las de un ángel, y en aquel momento lo miraba todo con ojos asombrados, sin comprender lo que ocurría.

La mujer fue la primera que se puso en movimiento al ver entrar a Burt en la cabaña.

Le tendió los brazos, y el cuerpo del uno se estrechó contra el del otro. Fue un abrazo intenso, instintivo, rudo y casi salvaje, en el que además de pasión había una secreta angustia. Parecía como si aquellos dos seres hubieran adivinado que no volverían a encontrarse más.

Y eso que aún no se había oído ni un solo disparo, ningún ruido sospechoso, nada que delatara la auténtica situación.

Ella susurró:

—Oh, Burt…

Sus labios buscaron ansiosamente los del hombre.

—Lena…

El niño seguía mirándoles con ojos asombrados.

No comprendía, al parecer, nada de aquello. Y, de pronto, los ojos del hombre se encontraron con los del pequeño.

Hubo en ellos como una sacudida.

Desprendiéndose suavemente de los brazos de la mujer, fue paso

a paso hacia el niño. La mano derecha del hombre se acercó a él con una suavidad infinita, con un temblor que no era capaz de disimular, tan intensa era la emoción que sentía.

Sus dedos rudos, acostumbrados a las riendas de los caballos, acariciaron lenta y suavemente la cabeza del niño.

Los ojos inocentes de éste estaban posados en él, en el rostro pétreo del hombre. Eran unos ojos que seguían sin comprender, pero a los que aquella caricia había llegado como un bálsamo.

Burt susurró:

—Hijo mío…

Aquellas palabras parecieron surgir del fondo más sincero, más doloroso de su alma.

Ella dio media vuelta y los miró a los dos. Una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

Parecía como si aquel cuadro de sencilla felicidad familiar embargara sus sentimientos, como si la transportase de una región donde el dolor y la duda ya no existirían nunca.

De pronto se oyó un suave ruido, como el del roce de un cuerpo, a la izquierda de la cabaña.

Todos los músculos de Burt se tensaron.

—¿Quién está ahí?

—Nadie… ¿Quién va a haber?

—Me ha parecido oír un ruido.

—Un perro anda por las cercanías, en busca de alimento. Ha estado merodeando desde anoche.

—Sí, claro… —musitó Burt, como si hablara consigo mismo—. Eso tiene que ser. Ellos no pueden haber llegado tan cerca todavía.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, Burt? ¿Qué te sucede?

—Na… Nada.

—Tú dijiste que te esperáramos aquí, y así lo hemos hecho. ¿No podemos irnos aún? Este sitio no me gusta.

—Me temo…

—¿Qué temes, Burt?

Los ojos de la mujer le miraban ansiosamente. Eran como dos globos de hermoso cristal donde palpitaba el miedo.

—Nada.

—¡Por Dios, habla! ¡Di lo que sea, Burt!

—Me temo que no podremos salir en este momento de aquí,

Lena.

—¿Por qué?

—Cuatro federales me persiguen.

La mujer dio media vuelta, y entonces Burt dejó de ver el triste brillo de sus ojos. Sólo vio su espalda pletórica, opulenta, donde palpitaba una belleza que hubiera hecho estremecer de deseo a cualquier hombre. Pero esta vez, Burt, aunque muy sensible a la belleza de la mujer, no podía pensar en esas cosas.

Siempre vuelta de espaldas, la mujer habló. Su voz sonó en la pequeña cabaña como si viniese desde muy lejos.

—Hace cinco años que estamos casados, Burt. Tenemos un hijo de cuatro años, un hijo inocente, y hace dos años que estamos huyendo. ¿Cuándo va a terminar esto? ¿Cuándo?

—Creí que habría terminado ya, Lena.

—¿Por qué lo creías?

—Estaba seguro de encontrar refugio en Garden, la ciudad donde viví en otro tiempo. Es un lugar casi ignorado, que queda alejado de todas las rutas, y confiaba en que los federales perderían mi pista. Luego podría reunirme con vosotros, marchar más al Oeste y empezar una nueva vida. Pero todo se ha hundido, Lena, se ha hundido desgraciadamente. El solo hecho de que ahora esté aquí es ya como un pequeño milagro. He podido huir cuando los federales me tenían ya preso, y ahora tendré que rechazarles a tiros de rifle. En cuanto los aleje, saldremos y toda esta pesadilla terminará para siempre, Lena.

Pero él mismo no parecía muy convencido de sus propias palabras. Miró al niño y añadió:

—Tú y Henry podéis salir, Lena. Vosotros sí que podéis hacerlo. Los federales os respetarán.

—Nosotros nos quedaremos donde tú estés, Burt.

Quedamos unidos para bien y para mal. Lo tuyo es lo nuestro.

—Yo os ruego que salgáis…

—¿Pero tan seguro estás de que ellos han descubierto esta cabaña, Burt? ¿No sería posible salir aún?

Un brillo de esperanza apareció repentinamente en los ojos del hombre.

Era muy poco probable que Lena tuviese razón, pero en las situaciones críticas es cuando más locamente nos asalta la

esperanza.

¿Y si los federales se hubieran perdido entre los vericuetos de las montañas? ¿Y si…?

—Voy a probar —dijo.

Asomó un poco el cuerpo por la puerta de la cabaña, para otear el horizonte, y en ese momento una bala arrancó astillas de la madera, a medio palmo de su cabeza.

Burt se echó violentamente hacia atrás, mientras rodaba por el suelo para ofrecer menos blanco.

Tres disparos más restallaron en el aire, y tres balas fueron a estrellarse contra el marco de la puerta.

Una voz tan potente como las detonaciones retumbó en el aire:

—¡Te tenemos acorralado, Burt! ¡Somos cuatro y dominamos perfectamente la salida de esa cabaña! ¡Ríndete ahora mismo si no quieres que te matemos como a un perro!

Burt, desde el suelo, miró en torno suyo. La más viva desesperación apareció en sus ojos, sobre todo cuando en éstos se dibujó la quieta figura del niño.

—¡Ríndete, Burt! ¡Aún estás a tiempo!

Éste vaciló durante unos momentos. Los disparos hicieron blanco otra vez en el marco de la puerta, como para que se convenciese de que ésta estaba bien batida desde todos los ángulos.

El joven se acercó cautelosamente al rifle, lo descolgó y comprobó su carga.

Sus manos se movían con precisión y sin una pizca de nerviosismo. Ahora ya parecía haber tomado una decisión y estaba seguro de lo que tenía que hacer. El rifle pareció una prolongación de su cuerpo, con tanta seguridad lo empuñaba.

Hizo una seña a la mujer y al niño señalándoles un determinado ángulo de la cabaña.

—Ahí podréis estar tranquilos. No os mováis.

La voz de Lena tembló, mientras decía.

—¿Vas a disparar, Burt?

—Son sólo cuatro. Puedo hacerle huir.

—¿Cómo?

—Yo cuento con la ventaja de un rifle, y ellos sólo disponen de armas cortas. Puede mantenerles a distancia, y en cuanto llegue la noche nos alejaremos de aquí.

—No tenemos caballos…

—Ni hacen falta entre estos vericuetos Ellos también tendrían que seguirnos a pie.

Quedó quieto en el centro de la puerta pegado al suelo, y con el punto de mira del rifle oteó el horizonte. Por el momento la quietud era absoluta tero no cabía duda de que muy pronto los federales iniciaran alguna maniobra.

Era necesario tener paciencia, esperar. Él era el único que podía permitirse ese lujo.

En efecto, pronto vio moverse una silueta negra.

Disparó, y aunque estaba seguro de no haber alcanzado a su rival, éste se vio obligado a lanzarse de cabeza entre unos matojos, con un *plongeon* que hubiera envidiado un saltarín de circo.

Luego se produjo otro momento de silencio.

Los federales ya estaban advertidos; él disponía de un rifle. No iban a poder jugar como el que tiene ya una presa segura.

Después de unos instantes de silencio, la voz de la mujer llegó suavemente desde su rincón de la cabaña.

—Dicen que ofrecen ocho mil dólares por tu cabeza, Burt.

—¿Dónde oíste eso?

—Se dice…

—¿Y qué?

—Esos hombres no cejarán. Ocho mil dólares son mucho dinero, por capturar una sola pieza.

—Me alegra saber que valgo tanto —musitó él—. En ese caso haré que su trabajito sea difícil.

Volvió a tirar al ver moverse a otro de los federales, pero esta vez sus enemigos obraron con mayor astucia.

En lugar de uno, saltaron dos.

Mientras Burt tiraba contra el primero, el otro se movió casi con completa tranquilidad, ocupando una posición envidiable para abatir no ya la puerta, sino el interior de la cabaña.

También esta vez Burt falló el tiro. Su preocupación casi obsesiva por no matar —pues únicamente quería inutilizar a sus enemigos—, le hacía apuntar con demasiada precisión, y eso hacía que sus disparos fueran lentos. El federal que se había movido primero, sirviendo de cebo, pasó un buen susto, pero la cosa no llegó más lejos.

Nuevamente se produjo otro silencio, éste más largo que el anterior. Burt se dio cuenta de que los federales empleaban la táctica más acertada y de que no tardarían en cumplir su propósito, es decir batirle desde todos los ángulos. Unas gotas de sudor helado empezaron a resbalar por su frente.

Luego se produjo otro movimiento tan repentino y veloz como los anteriores.

Ahora saltaron tres federales.

Burt disparó contra el más cercano y esta vez comprendió que le había alcanzado en una pierna. Se oyó un gemido de dolor, y el federal quedo clavado en el suelo, aunque a cubierto.

Los otros tres, sin embargo, estacar, magníficamente situados.

Desde sus nuevas posiciones, a unas cien yardas, podían batir perfectamente el intento de la cabaña, e imposibilitaban a Burt para cualquier movimiento.

El sudor helado cubría ya enteramente el rostro del joven.

El rifle seguía firme entre sus manos, pero notaba a veces que parecía resbalar bajo sus dedos sudorosos.

La voz del federal volvió a gritar:

—¡Sal, Burt! ¡Sal de una maldita vez o te freímos a balazos!

—¡Venid a buscarme!

Una traca de disparos fue toda la respuesta a sus últimas palabras. Ahora los impactos picotearon en el techo y las paredes de la pequeña cabaña. La mujer estaba muda, con los labios apretados, y sus ojos parecían dilatados por el miedo. El niño no lloraba, pero sus ojos inocentes contemplaban con estupor aquella escena que debía parecerle increíble.

Burt miró al cielo.

Sus esperanzas se desvanecieron. Aún faltaban muchas horas para que las primeras sombras cubriesen la tierra. Había sido un estúpido al pensar que conseguiría resistir hasta la noche. Antes le coserían a balazos una docena de veces.

Fue en ese momento angustioso, perdida ya casi toda esperanza, cuando sus ojos encontraron los de la mujer.

Y supo leer lo que había en éstos: Una súplica.

Una súplica desesperada, lacerante, que no necesitaba ninguna clase de palabras.

—Piensas en el niño, ¿verdad? —susurró Burt.

—Sí…

—Las balas ya empiezan a picotear las paredes. Si esos tipos se colocaran un poco más cerca, podrían llegar a alcanzaros.

—Sí.

La mujer respondía sólo con monosílabos, pero éstos estaban llenos de un sentido trágico.

—¿Qué hago, Lena?

—No sé, Burt… ¡Por Dios, no lo sé!

Él tragó saliva. Sus labios se apretaron un momento.

—Voy a salir, Lena.

—¿Para… que te maten?

—Al menos que me maten fuera.

—Entrégate, Burt.

—Me ahorcarían. Prefiero morir dignamente, como un hombre, con las armas en la mano.

La mujer no dijo nada. Sus ojos eran otra vez como dos globos de hermoso cristal, pero no tenían expresión alguna. Abrazada al niño, esperó en silencio la decisión del hombre.

—Definitivamente voy a salir, Lena.

—Quizá… qui… quizá sea mejor.

—Vas a prometerme una cosa, sin embargo.

—¿Qué, Burt?

—El niño, nuestro hijo, no se da cuenta de nada. Tú deberás decirle que su padre no era un criminal, y cuando tenga uso de razón le hablarás de que lo único que hizo fue intentar salvar a unos pobres indios. Le dirás también que su padre no quiso ser ahorcado. Que murió luchando, con las armas en la mano, aunque sin querer matar.

La voz de la mujer sonó entrecortadamente.

—Lo… lo haré Burt.

El fue a salir, arrastrándose, y en aquel trágico momento le pareció oír otra vez el roce a un lado de la cabaña.

—¿Pero aún sigue ahí ese perro? —masculló—. Diantre, también hace falta tener hambre…

Salió arrastrándose, y todo su cuerpo quedó en el exterior de la cabaña. Sabía dónde estaban los cuatro federales, de modo que conocía perfectamente los puntos peligrosos. No miró, en cambio, hacia el lado izquierdo de la cabaña.

Allí no había un perro, sino un hombre.

Un hombre que disparó tres veces contra él, fríamente, mientras sus labios se curvaban en una mueca sardónica.

CAPÍTULO VI

El hombre no era muy alto, pero sí fornido y de facciones que parecían talladas en piedra. Iba vestido como un cazador de la pradera, tendría unos veintinueve años y llevaba un «Colt» de gran precisión, cañón extra largo, con el que había hecho los tres disparos.

Éstos alcanzaron plenamente a Burt, y a aquella distancia resultaron mortales de necesidad. Burt se estremeció a cada nuevo impacto, como si las balas fueran golpes que removiesen todo su cuerpo. Uno de los plomos le alcanzó en el corazón, y los otros dos en el hígado. Tuvo el tiempo justo para volverse, mirar con asombro el rostro del que le mataba y darse cuenta de que era un desconocido. Luego intentó decir algo, una sola palabra, y en cierto modo llegó a pronunciarla.

El hombre que acababa de matarle la entendió.

Era el nombre de su hijo:

—Henry…

Luego cayó de bruces, y un espeso hilo de sangre empezó a manar de su boca. Su matador se dio cuenta de que ya no era necesario gastar ningún plomo más en él. Antes de guardar el revólver le hizo dar la vuelta con el pie, por simple precaución, pero la sola expresión vidriosa de sus ojos le hizo comprender que estaba ya muerto.

Los cuatro federales, situados a unas cincuenta yardas, se pusieron en pie mirando la escena. Todos guardaron sus armas, mientras se acercaban pausadamente.

—Muy bien, Percy —dijo uno de ellos—. Ha sido un magnífico trabajo.

Percy sólo hizo:

—¡Hum!

En aquel momento Lena salió de la cabaña. Sus ojos miraron el cadáver, sin ninguna expresión, y luego se clavaron en los ojos de su matador, de Percy.

—¡Cariño! ¡Cariño mío! —susurró.

Le tendió los brazos, se pegó a él y sus labios se unieron a los del hombre en un apasionado beso.

CAPÍTULO VII

Los cuatro federales, con los revólveres todavía en las manos, se acercaron pausadamente a la puerta de la cabaña, junto a la cual tenía lugar aquella increíble escena.

No hubiera podido decirse si ésta les agradaba o no. Sus rostros, que parecían tallados en piedra, no reflejaban ninguna emoción, el menor sentimiento.

El hombre y la mujer seguían unidos en un apretado beso junto al cuerpo de Burt, un cuerpo que aún se desangraba lentamente.

El más viejo de los federales dijo:

—Bueno, basta. La juerga ha terminado.

El hombre y la mujer se separaron. Fue entonces cuando resultó posible ver claramente el rostro del matador de Burt.

Éste tenía las facciones tostadas por el sol, era más bien atractivo y poseedor de una envidiable fortaleza física. Se adivinaba en él al tipo que vive continuamente en la pradera, que conoce todos los recursos y todos los peligros de ésta y no duerme en una habitación con techo más allá de una docena de veces al año. Su apariencia intensamente viril, incluso un poco salvaje, debía poseer un encanto irresistible a los ojos de las mujeres apasionadas. Por lo menos lo que los cuatro federales estaban viendo parecía demostrar eso.

Fue el más viejo el que repitió:

—La juerga ha terminado.

Miró el rostro del matador, añadiendo:

—Usted es Badmoral.

—Sí.

—Vaya… Le había oído nombrar docenas de veces, pero hasta ahora no había tenido ocasión de echármelo a la cara.

—Y ahora que esa ocasión ha llegado, ¿qué le parezco?

—Lo que yo ya imaginaba. Tiene usted justamente la pinta del más eficaz cazador de hombres que ha actuado durante los últimos años en el Oeste Central.

—Supongo que eso es una alabanza, agente.

El federal gruñó:

—Tómelo así, si le place.

Luego se inclinó sobre el cuerpo de Burt, se convenció de que en éste ya no quedaba un solo hálito de vida y volvió a alzar la cabeza, mirando ahora a la mujer en línea recta.

—¿Usted, cómo se llama?

—Lena.

—¿Es o era la esposa de este hombre?

—Sí.

La respuesta fue tan directa y tan ruda que dejó helado incluso a un tipo tan pétreo como el agente federal.

—¿Y por qué besa a Badmoral?

—Ya soy viuda, ¿no?

—Cogiendo la cosa por los cabellos, sí; no cabe duda de que ya es una viuda.

—Y una viuda puede volver a elegir hombre, ¿verdad?

El rostro del federal se volvió de color plomo.

Pareció como si fuese a decir algo —seguramente una barbaridad capaz de tumbar una casa—, pero al fin se contuvo.

Volvió a mirar a Badmoral.

—Le he visto antes, agazapado a un lado de la casa.

—Sí. ¿Y qué?

—Me imagino que todo eso estaría combinado entre usted y esta señora.

—Desde luego.

—Usted esperaba a que el tipo saliera para apiolarle.

—Ujú.

—Y a lo mejor fue ella la que le aconsejó salir y todo.

—Ujú, dos veces.

Ahora el rostro del federal ya no era color plomo, sino que tenía el color de los ataúdes baratos.

—¿Sabe cuánto daban por Burt, vivo o muerto, Badmoral?

—¡Claro! Fue lo primero que quise saber antes de ponerme en

movimiento. Dan ocho mil machacantes.

—Usted los ha ganado, Badmoral.

—Y pienso gastarlos bien.

—¿En su luna de miel?

—Quizá.

Pasó su mano descaradamente por la espalda opulenta de la mujer y preguntó:

—¿No nos desea muchas felicidades, agente?

—¡Claro! Con mucho gusto. Ojalá les muerda un perro rabioso cuando se dispongan a celebrar su noche de bodas.

Badmoral lanzó una carcajada.

La verdad fue que la «bendición» del federal no pareció afectarle mucho. Pasó una mano por encima de los hombros de la mujer e hizo ademán de llevársela.

—¿No traslada usted el cadáver, Badmoral? —preguntó otro de los federales, rudamente.

—Les dejo ese agradable trabajo a ustedes. Son cuatro y podrán turnarse el «paquete» con más comodidad.

—¿No tiene miedo de que en ese caso pretendamos cobrar la recompensa?

—Oh, no… Ustedes, los federales, no hacen trampas de tan baja estofa. Puedo fiarme de que dirán la verdad, aparte de que yo daré cuenta enseguida de lo sucedido al primer *sheriff* que encuentre. Pero, aunque intentaran engañarme, no se saldrían con la suya. Las balas de mi revólver son de calibre especial, no del calibre de las armas reglamentarias que ustedes usan.

Sonrió con suavidad y añadió:

—De todos modos, estoy dispuesto a recompensarles con mil dólares por las molestias, señores.

—Se los mete usted en las narices.

—De acuerdo, señores, ustedes se los pierden. Pasaré a cobrar la recompensa antes de cinco días.

—Como si quiere pasar dentro de cinco años.

Badmoral y la mujer se alejaron, dando la vuelta a la cabaña. El cadáver de Burt parecía haber perdido para ellos todo interés. Fue posible ver entonces que dos caballos ramoneaban a media milla de distancia, parcialmente ocultos por los matojos.

—Todo estaba preparado —dijo el federal más viejo—. Tan bien

preparado que da asco.

Los otros se encogieron de hombros casi al mismo tiempo.

—Bueno, tenemos al tipo, ¿no? ¿Y para qué pensar en otra cosa? Ahora lo que hay que hacer es transportarlo.

—¿Quién lo lleva?

—Nos lo turnaremos.

—A mí no me hace gracia llevar un muerto a la grupa, aunque sólo sea un rato. Propongo algo mejor.

—¿Por ejemplo?…

—Destinemos para él uno solo de nuestros caballos, y en los otros cabalgaremos dos por riguroso tumo. Ahora la marcha no va a ser tan pesada; ya no tenemos ninguna prisa.

Entre dos hombres levantaron al muerto, mientras otro llamaba a los caballos mediante varios silbidos que las bestias debían conocer muy bien, porque segundos más tarde se presentaban allí.

El muerto fue doblado sobre la silla y atado cuidadosamente, tarea en la que se emplearon los cuatro hombres para que el cuerpo no pudiera deslizarse a tierra durante el largo trayecto.

Uno de ellos miró entonces hacia la puerta de la cabaña, sitio que, la verdad sea dicha, no había vuelto a merecer su atención. Abrió la boca con asombro, mientras susurraba:

En el umbral de la puerta se recortaba una figura diminuta. La de un niño rubio, mal vestido, de unos cuatro años.

Los ojos inocentes de aquel niño estaban húmedos, y en ellos se leía todo un universo de incomprensión, de asombro, de dolor lacerante, de horror.

Un universo tan terrible y al mismo tiempo tan puro que hizo estremecer incluso a aquellos hombres que parecían tallados en piedra.

El más viejo susurró:

—Yo había oído decir que Burt tenía un hijo. Seguro que es ése…

Los otros miraron en la dirección que había seguido la madre para alejarse en compañía de Badmoral. Sus ojos despidieron chispas.

—¿Pero es posible que…?

—¿Y esa perra lo ha abandonado ahí?…

—¡Maldita bruja pestilente! Si ahora la tuviese delante le…

El de más edad alzó el brazo.

—Eso no nos incumbe, muchachos. Lo que hay que hacer es sacar a este niño de aquí.

Él mismo le secó las lágrimas y lo puso en la grupa de su caballo, de modo que no pudiera ver al muerto.

—El corcel con el «paquete» que vaya detrás —ordenó—. Y al que permita que este crío lo vea, lo dejo seco.

Los otros federales asintieron silenciosamente.

CAPÍTULO VIII

El médico fue retirando poco a poco los vendajes, con una extraordinaria lentitud, hasta dejar al descubierto, por entero, los ojos de su paciente.

La habitación estaba casi por completo a oscuras, pero aun así el médico aconsejó:

—No abra aún los ojos.

El paciente obedeció. Era un hombre joven, fuerte, rubio, de facciones enérgicas y tostadas por el sol. Se adivinaba en él al hombre duro, templado en todas las adversidades, pero sin embargo en este momento no podía ocultar un cierto nerviosismo, manifestado en el temblor impaciente de sus dedos.

Y es que en esta ocasión se jugaba mucho, quizá mucho más que lo que se había jugado en otras ocasiones. Nada menos que sus ojos.

El médico encendió una bujía y la puso a cierta distancia de su paciente, empezando a moverla de un lado a otro.

—Abra los ojos un poco. Sólo un poco.

El paciente obedeció.

Lo hizo al principio con cierta timidez, casi con miedo, pero luego con esperanza.

—¿Qué ve?

—Una… una luz lejana.

—¿Nota que se mueve?

—Sí… Un poco… Ahora a la derecha… Ahora a la izquierda.

El médico sonrió.

—Bueno, bueno, la cosa marcha… Ahora vamos a probar con un poco más de luz.

¿Qué acabo de hacer?

Había abierto la puerta de la habitación, tras apagar la vela. La

puerta daba a otro cuarto sólo iluminado en parte por los rayos del sol.

—Acaba de abrir la puerta —dijo el paciente.

—¿Qué ve en la otra habitación? No se esfuerce. Vaya mirando los objetos poco a poco y enumérelos.

—Pues veo… Una silla… Una butaca gris… Una mesita baja… Dos cortinas…

El médico volvió a sonreír.

—Bueno, muchacho, esto ha ido mejor de lo que yo pensaba. No sólo ve usted perfectamente, sino que pronto tendrá tanta vista como esos tipos que hacen concursos de tiro en las fiestas ganaderas. Sus ojos son de halcón.

—No podía escuchar palabras mejores, doctor. Creo que me ha dado la alegría mayor de mi vida.

El médico, ya un hombre viejo, pero al que aún se adivinaba fuerte, entreabrió los postigos de la ventana, a través de los cuales era posible ver los cuidados parterres de los jardines que rodeaban la pequeña ciudad de Garden.

—La operación ha sido un éxito —garantizó—. Ahora sólo deberá permanecer un tiempo sin exponerse al polvo ni recibir directamente los rayos del sol, y todo estará resuelto. No necesita cuidados especiales, Kent. Será usted un hombre entero, como antes.

Kent susurró:

—Cielo santo, gracias…

Su voz había sido apenas como un susurro, como una oración.

—¿Desde cuándo está usted en Garden? —preguntó el médico.

—Desde hace tres meses.

—¿Y cómo ha podido ganarse aquí la vida, siendo ciego?

—La gente de este lugar es muy buena y ha tenido mucha paciencia conmigo. Cuidé de los jardines, porque uno aprende a moverse por los sitios, incluso sin ayuda de sus ojos. Luego mis dedos adquirieron mucha sensibilidad, y me di cuenta de que podía hacer encajar al tacto las piezas de los relojes, incluso las más pequeñas. La gente de Garden empezó a encargarme pequeñas composturas con las cuales fui tirando.

—Es curioso —dijo el médico.

—¿Curioso? ¿Qué?

—Hace tiempo curé a otro hombre que también había aprendido el oficio de relojero.

—Hay bastantes. Los relojes son una cosa que se impone por ahí…

—Cierto… La civilización avanza. Incluso creo que los relojes serán con el tiempo mucho más pequeños que los actuales. ¿Y ahora qué va usted a hacer, Kent?

—Le debo a usted bastante dinero, doctor, pese a que me haya cobrado por la operación menos de la mitad de lo que acostumbra.

—No hay prisa para el pago.

—De todos modos, trabajaré. Antes fui minero, técnico en barrenos, hasta que tuve la desgracia de que uno estallara antes de tiempo, produciéndome las lesiones en los ojos. Pero soy un buen vaquero también. Yo estoy convencido de que me emplearán en cualquier rancho.

El médico fue colocando sus instrumentos en el maletín, después de pasarlos por encima de la llama de un mechero de petróleo.

—¿Sabe dónde hay unos ranchos muy buenos y donde admiten gran cantidad de personal, Kent?

—¿Dónde?

—En Texas.

—Ya lo había oído decir.

—Además allí se paga bastante más que en otros lugares. Texas es una tierra rica y en plena expansión. Encontrará un buen porvenir si se da una vuelta por aquellas zonas del Sur.

—Usted tiene su consultorio en Dallas, ¿verdad, doctor?

—Sí. Sólo vengo por esta zona una vez al año.

—¿Y los buenos ranchos están cerca de allí?

—Son los mejores.

—Entonces iré y podré pagarle. Tenga la seguridad de que antes de seis meses me habré presentado en Dallas y le habré abonado hasta el último céntimo de sus honorarios, doctor.

—No hay tanta prisa.

Estrechó la mano a Kent y se encaminó hacia la puerta.

—Ahora tendré que dejarle, porque en la sala de espera me aguardan otras visitas. Usted estese aquí hasta que la luz disminuya. Con las sombras del crepúsculo puede salir, pero antes sería una imprudencia.

—Le juro que estoy impaciente, doctor…

—Cuando se ha pasado tanto tiempo entre tinieblas no importan unas horas más o menos, muchacho.

Le dio unas palmadas en la espalda y salió de allí. Kent quedó quieto, sentado en la silla.

Quedó sumido en sus recuerdos, en sus esperanzas, sintiéndose en el umbral de una nueva vida.

No había dicho al médico que antes de ser minero y vaquero fue también un famoso gun-man.

Bueno, ¿y qué?

Todo iba a ser distinto ahora, todo. ¡Tan distinto!

CAPÍTULO IX

Kent llegó a Texas quince días más tarde, tras un viaje lento y un poco fatigoso. Pero se había rehecho casi por completo después de la operación, y ahora su musculatura, su salud y su optimismo eran inmejorables.

Desde lo alto de la silla de su caballo contempló el rancho, formado por acres y acres de tierra de la mejor calidad, en la cual pastaban centenares de cabezas.

Aun a aquella distancia se advertía que el ganado era de especies seleccionadas, y que todo aquello valía una considerable fortuna. Eso no era nada, sin embargo, si se comparaba con lo que probablemente aquel rancho valdría en un inmediato futuro.

Pero para cuidar todo aquello hacían falta hombres, y los hombres no se distinguían por ninguna parte.

Lleno de esperanza, Kent hizo descender a su caballo por el declive de la loma en que se encontraba y se acercó al portalón de entrada al rancho, visible desde una gran distancia.

Allí estaba el cartel que había esperado ver. La pintura aún parecía fresca, de modo que quizá lo habían colocado aquella misma mañana.

«SE NECESITA PERSONAL EXPERIMENTADO»

Kent se llevó la mano al sombrero, sonriendo.

Estaba de suerte.

Pasó por debajo del dintel y se adentró en las tierras del rancho, que cada vez le parecían mejores y más ricas. Tras media hora de avanzar distinguió los barracones y las viviendas.

Todo aquello estaba aún a medio construir, o sea que debía tratarse de un rancho de nueva planta.

Kent detuvo su caballo cuando un hombre alto y delgado vino a su encuentro.

—¿Qué desea?

El joven saludó respetuosamente, descubriéndose durante unos segundos.

—Buenos días, señor.

—Le he preguntado qué desea.

—He visto fuera ese anuncio solicitando personal experimentado, señor.

—¿Tú entiendes de ranchos?

—He trabajado en algunos de ellos, señor. También, por puro afán de aventura, trabajé en las minas.

—¿Y por qué estás ahora sin empleo?

—Porque sufrí una lesión en la vista y hube de permanecer inactivo bastante tiempo. Pero ahora veo perfectamente, señor.

El tipo lo examinó cuidadosamente.

Hizo: «Hum».

No cabía duda de que estaba ante un joven de magnífica planta. Quizá no fuera tan experimentado como él decía, pero no cabía duda de que pocos atletas como él se podían encontrar en aquella zona de Texas.

—De acuerdo —dijo—, estarás a prueba durante una semana. Si vemos que sirves, te incorporarás a la plantilla. Si, por el contrario, no tienes más que fachada, te enviaremos al diablo. ¿Hace?

—Hace, señor.

—Yo soy el capataz y me llamo Tower.

—Encantado de conocerle, señor Tower. ¿Cuánto voy a ganar?

—Dos dólares diarios y mantenido. La comida aquí es buena. Nos sobra carne para hartar a todos los tragones de la comarca.

—Ya me he dado cuenta de que el ganado es excelente, señor.

—Pues, hala. Aquel barracón es el de los vaqueros. Te darán un equipo de trabajo y un revólver, porque aquí puede ser necesario. Veo que no lo tienes.

—No, señor.

—Eres un hombre pacífico, ¿eh?

—Procuro serlo.

El capataz Tower se limitó a hacer de nuevo:

—Hum…

Kent se dirigió hacia el barracón indicado, pero antes de alejarse demasiado se volvió de nuevo hacia el capataz.

—Perdón. ¿Para quién voy a trabajar? ¿De quién es este rancho?

—De un matrimonio. Ya los conocerás, pero te advierto que aquí a la gente no se le da confianza.

—Quedo enterado, señor.

Una vez instalado en el rancho, Kent se dio cuenta de que allí había poca gente. Por lo visto entrarían luego nuevos vaqueros y aquello iría tomando incremento.

Pensó también que el sueldo no era excesivo, pero contaba con ahorrar al menos un dólar y medio diario de su paga, con lo cual pronto tendría la cantidad suficiente para pagar al médico.

Durante varios días se dedicó activamente a su trabajo.

Pronto, cosa curiosa, perdió la nación del tiempo. Allí se vivía en casi absoluta soledad, galopando todo el día por las inmensas llanuras, y parecía, por lo tanto, como si las cosas adquiriesen otra dimensión. Las horas, los días no tenían importancia. Llegó un momento en que no supo si llevaba allí una semana, varios meses o un año. Tuvo que contar el dinero ahorrado para darse cuenta de que sólo había estado empleado en el rancho, hasta aquel momento, durante dieciséis días exactos.

Aún no conocía a los dueños, los cuales no habían aparecido por sus posesiones. Había oído decir que por el momento vivían en una casa no muy nueva, en Dallas.

Sus compañeros de trabajo no eran ni mejores ni peores que los que solían encontrarse en aquella clase de sitios. Gente ruda, acostumbrada a soportar el trabajo físico hasta extremos agotadores, poco inteligentes, pendenciera, algo amiga del *whisky*, muy aficionada a las faldas y dispuesta a hacer un favor a un compañero en caso necesario.

De todos modos, Kent se sentía bien allí.

En comparación con lo que había sido su vida anterior, sobre todo los meses de total ceguera, aquello le parecía algo así como una sucursal del paraíso.

Fue aproximadamente un mes después de estar trabajando en el rancho cuando por fin conoció a los dueños de éste.

Trabajaban ya entonces allí unos doce hombres. El capataz los reunió. Era un sábado por la mañana.

—Hoy es día especial, muchachos.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¿Es que nos van a aumentar el sueldo, señor Tower?

—Lo que aumentará va a ser el tamaño de las narices del que no me obedezca, a causa de la serie de puñetazos que le voy a dar. Esta mañana no hay trabajo en el rancho; os vais a poner guapos, os vais a afeitar, a vestiros como unos señoritos y a quitaros los mocos de las narices y la roña de las orejas. Y todo eso enseguida.

—¿Por qué, señor Tower? ¿Es que viene aquí el presidente de los Estados Unidos, para ver si le interesa comprar alguna vaca?

—¡Vienen los dueños del rancho, animal!

Así fue como Kent los conoció.

Llegaran hacia el mediodía en un elegante carruaje que debía haberlos transportado desde la ciudad de Dallas. Todos estaban en pie ante el edificio principal del rancho, como en una especie de formación militar, y se quitaron respetuosamente los sombreros cuando llegó la pareja.

Kent se fijó muy bien en los nuevos dueños, mientras éstos daban la mano, aunque de una manera muy superficial, a los empleados del rancho.

Él era un tipo no muy alto, fuerte y rudo, que no tenía pinta de ranchero acomodado ni mucho menos. Debía haberse ganado la vida hasta entonces en misiones peligrosas, a través de largos viajes y enmarañados peligros. Sus ojos —y Kent empezaba a conocer a los hombres—, eran los de un auténtico aventurero.

En cuanto a ella, era una mujer de las que hacen caer de su caballo al más templado de los hombres.

Alta, bien formada, opulenta, con aspecto de mujer apasionada, sus ojos miraban a los hombres como si cada uno de éstos fuera una res de buena calidad. Una res que ella estuviera dispuesta a comprar en cualquier momento.

Aquellos ojos sufrieron una especie de sacudida cuando se enfrentaron con Kent.

En un instante midieron el amplio tórax, las estrechas caderas, las largas piernas, el cuello fuerte, pero al mismo tiempo largo y elegante, las facciones correctas y viriles y los ojos llenos de vida.

No debía haber visto muchos hombres como aquél. Se detuvo incluso un momento ante Kent, cosa que no había hecho ante los otros.

El capataz carraspeó.

—Éste es Kent, señora.

—¿A qué se dedica?

—Es vaquero, como los otros.

Ella sonrió encantadoramente, aunque de una manera turbia.

—Muy bien, Tower, le felicito. Ha cumplido usted con creces el encargo que le hicimos al formar este rancho. Creo que nuestro equipo es uno de los mejores de la comarca.

Pero al decir eso miraba solamente a Kent.

Su acompañante no se daba cuenta, porque estaba examinando los edificios del rancho, que quizá no había visto aún.

El capataz sonrió.

—He hecho lo posible, señora.

—Muy bien. Que todo el mundo vuelva a su trabajo.

Así se hizo.

Y durante tres días más, Kent no vio de nuevo a la señora del rancho.

Bueno, la vio en cierto modo.

Ella salía a caballo hacia el mediodía, a pesar del fuerte sol, y daba completamente sola una galopada de cerca de una hora. Aquello debía servirle no sólo para inspeccionar el rancho, sino también para algo más, algo que no confesaba a nadie. Kent, que la veía desde lejos, lo pensó más de una vez. Al fustigar cruelmente a su caballo, al galopar como una loca, al dejar que sus cabellos flotaran salvajemente al viento, aquella mujer estaba calmando algún frenesí secreto, algún ansia inconfesable. En el fondo de su alma debía dormir un deseo, algo que no podía apaciguar de ningún otro modo, y por eso procuraba obsesionarse con aquellos paseos a caballo.

Al regresar, parecía más calmada.

Al cuarto día de estar la mujer allí, su paseo fue más largo, y debió salir bastante más allá de los límites del rancho. Tal fue la causa de que ocurriera algo completamente desacostumbrado.

Al regresar no lo hizo sola, sino que detrás suyo, a unas veinte yardas de distancia, venía un hombre.

Ella galopaba furiosamente. El hombre también, como si todo su interés estuviera en darle alcance cuanto antes.

Los hombres que en aquel momento estaban en las cercanías —tres, contando al capataz y a Kent—, miraron la escena con curiosidad. Al principio no comprendieron bien qué era lo que sucedía.

Luego lo vieron con más claridad, y les pareció increíble.

El tipo alcanzó de repente a la mujer, sujetó el caballo por la brida e intentó derribarla. Los tres empleados del rancho lanzaron a la vez una especie de grito.

Corrieron como locos en aquella dirección, mientras el desconocido, que no había conseguido derribar a la mujer, tenía sin embargo su caballo pegado al de ésta e intentaba besarla en la boca.

Aunque la distancia que separaba a los empleados del rancho y a la pareja era solamente de media milla, la hicieron a tal velocidad que llegaron allí jadeantes y con una buena parte de sus energías gastadas en la brutal carrera. El capataz extrajo su revólver y encañonó al hombre, pero no hizo fuego.

Algo le detuvo: La placa de comisario que brillaba en la camisa de aquel tipo.

—¿Qué ocurre, Evans? ¡Suelte a esa mujer!

Por lo visto el recién llegado se llamaba Evans. Soltó a la mujer, pero lentamente y sin inmutarse por la situación. Miró al capataz burlonamente, como si encima fuera él quien tuviese que exigir cuentas.

—Vaya, Tower, vaya, de modo que usted es el capataz de este ranchito de mala muerte, ¿eh?

—Pues, sí, amigo, se da la casualidad de que lo soy. Y si le persigo a puntapiés por todo el «ranchito», va a quedar muerto y con la lengua fuera antes de haber recorrido la octava parte.

El otro se enderezó.

—Tráteme con más respeto, Tower.

—Sí, ya sé que es el aguacil de esta zona, y que su padre es el *sheriff* del condado. Sé también que su tío carnal es el gobernador del Estado, y que sólo le falta por padrino al presidente de los Estados Unidos. Por eso hace lo que le viene en gana, pero esta vez ha llegado demasiado lejos, amigo. Yo le digo *stop*. De aquí no pasa.

—¿Y usted qué sabe, Tower? Paseando casualmente por el llano

me he tropezado con esta mujer y me ha gustado. Al principio me he comportado muy finamente, lo juro. Pero es de esas que no quieren hacer caso y no le miran a uno ni a la cara. Por eso me he puesto furioso y la he perseguido hasta aquí. La habría perseguido hasta el mismo infierno, se lo juro.

—Muy bonito. Es una explicación conmovedora, Evans. ¿Y qué pretendía hacer, si puede saberse?

—¿Yo? Pues lo que un hombre pretendería hacer con una mujer como ella. Pero luego le hubiese dado una buena recompensa, desde luego. No crea que soy tan bruto.

—Conque recompensa, ¿eh? Pues mire qué casualidad. Esta señora es mucho más rica que usted. Es la dueña del rancho.

—¿Ésta? ¡Pero si tiene una cara de zorra que tumba de espaldas!

El insulto hizo palidecer a la mujer y puso rojos a los tres hombres que lo habían escuchado. Pero, por el instante, la situación no cambió.

—Pese a lo que diga, sigue siendo la dueña del rancho —masculló el capataz Tower—. Y si no quiere llevarse una buena bala entre las cejas salga de aquí, Evans. Es un consejo tan bueno que no se lo daría ni su propio padre.

—¿Va a atreverse a disparar contra mí? ¿Sabe que sería acusado de asesinato?

—Tengo testigos que…

—Unos testigos estupendos, pero con el inconveniente de que serían interrogados por mi propio padre.

El capataz se dio cuenta de que Evans tenía razón. El granuja estaba bien arropado por todas partes, y los «argumentos» apoyados en el revólver resultaban muy peligrosos ante una persona así. Pero en cambio podía darle una buena lección con los puños.

Guardó su «Colt».

—Muy bien, tunante. Baja del caballo y yo te enseñaré que hay que tener más vista para distinguir a una señora.

Evans, sonriendo, bajó.

Los otros dos hombres se apartaron, mientras la mujer, desde lo alto de su caballo, se dispuso a seguir el combate con auténtica emoción y hasta con un secreto placer. Debía embelesarla el que dos hombres se partiesen la cara por ella. La sensación que todos tuvieron, fue la de que el capataz, hombre rudo y resistente como

una mula, acabaría dando al atrevido jovenzuelo una paliza de la que éste tardaría en reponerse dos años.

Sin embargo, se llevaron una sorpresa que los dejó boquiabiertos y sin respiración.

Evans era un auténtico púgil, un tipo que debía conocer todas las tretas del boxeo, y además tenía pegada. Era uno de esos fulanos de golpe seco, contundente como el de un martillo pilón, uno de esos tipos con dinamita en los puños que han nacido para campeones, y que con sólo tocar una vez a su rival ya tiene bastante.

Eso fue lo que sucedió.

Evans ni siquiera necesitó cansarse. Hizo una finta, esquivando la primera embestida de su torpe enemigo, movió los puños sincronizadamente y le aplicó tres golpes en menos de tres segundos. Dos de ellos fueron tras los pabellones de las orejas de Tower, y el tercero a su mandíbula. Tower puso los ojos en blanco, como si no pudiera creer en nada de lo que sucedía, abrió los brazos, intentando inútilmente sujetarse en el aire, y cayó a tierra sin sentido.

Fue el K. O. más científico y espectacular que Kent había visto nunca.

El segundo vaquero era valiente, pero se trataba de un tipo pequeñajo, muy hábil con el lazo, excelente jinete y poca cosa más. Se lanzó sobre Evans y duró en pie todo lo que éste tardó en mover los puños. Un solo gancho a la mandíbula lo envió a tierra mucho más dormido que al capataz Tower.

Evans, el vencedor, paseó en torno la mirada orgullosamente.

Sus ojos tropezaron con Kent, quien permanecía quieto, hierático, al parecer indiferente, como si la cosa no fuera con él.

—¿Qué? ¿Hay más candidatos a la siesta? —preguntó burlonamente Evans.

Kent no dijo nada.

Miró a la mujer.

Ésta, desde lo alto del caballo, le contemplaba con mirada ansiosa. Aquel momento era para ella, en secreto, uno de los más decisivos de su vida entera. Era el momento en que el hombre con quien soñaba secretamente iba a ser puesto a prueba. Por un momento, al ver que Kent no se movía, en sus ojos apasionados

brilló la decepción.

Pero Kent dijo suavemente:

—Sí, amigo, hay más candidatos a la siesta. No sabes tú bien lo que a mí me gusta dormir.

—¡Pues entonces tú lo has querido!

Fue a arremeter contra Kent, pero éste lo detuvo con una sola frase.

—¿Por qué no descansas antes?

—¿Descansar?

—Acabas de tumbar a dos hombres. Acaso estés un poco fatigado y no quiero que me des ninguna ventaja.

Evans lanzó una carcajada.

No estaba cansado, desde luego. Sólo había tenido que dar cuatro golpes, y encima sin tener que mover los pies del suelo.

Se lanzó al ataque sin nuevas palabras, y aunque Kent ya había estudiado un poco su táctica, hubo de reconocer que aquel enemigo era endiabladamente hábil. Se sintió cazado en el mentón antes de darse verdadera cuenta de lo que sucedía. Notó que vacilaba, fue a sujetarse al aire, como antes había hecho el capataz, y mientras estaba en esta difícil posición resultó alcanzado con un gancho que lo envió a tierra igual que un fardo.

No perdió el sentido, sin embargo. Sólo se sintió rabioso consigo mismo por haberse dejado cazar con aquella facilidad.

Evans se acercó con una suavidad felina y le propinó un puntapié en la cabeza que pareció hacer estallar todos los huesos de su cráneo.

Un puntapié como aquél bastaba para dejar fuera de combate a un toro. La mujer volvió grupas, llena de decepción, mientras unas lágrimas de coraje asomaban a sus ojos.

Pero de repente quedó como paralizada al oír la voz asombrada de Evans:

—¿Aún te levantas, maldito?

Kent, en efecto, se había puesto en pie. Su cabeza zumbaba, pero la fuerza de sus puños estaba intacta. Evans atacó de nuevo, ahora sin cubrirse, sólo para remachar el clavo, y el «toe» impresionante del puño de Kent al aplastarse contra su boca pareció oírse en todo el rancho.

Dos dientes saltaron de aquella boca como si los hubiera

arrancado el mismísimo dentista. Un manantial de sangre inundó los labios del asombrado Evans.

Éste quedó un momento atónito, y Kent no desaprovechó la ocasión.

Lanzó un cruzado al hígado de su adversario, y cuando éste se encogía lo alcanzó en un pómulo. Aquellos puños eran como mazas y destrozaban materialmente la carne y los huesos con los que entraban en contacto. Evans lanzó un aullido, pero pese a ello su instinto de boxeador le hizo replicar hábilmente.

Kent recibió un golpe en los ojos.

Inmediatamente, y aunque no sintió un dolor excesivo, se retrajo pensando en que los había tenido enfermos hasta poco tiempo atrás. Fue una cosa más emocional que física, pero Evans se dio cuenta inmediatamente de cuál era el punto flaco de su terrible enemigo.

Atacó en la misma zona, ahora encarnizadamente, dándose cuenta de que, de lo contrario, estaba perdido. Kent retrocedió de una manera instintiva al recibir aquel aluvión de golpes. Sus ojos se nublaron por un momento. Cada impacto repercutía en su cráneo, y se dio cuenta de que sus fuerzas empezaban peligrosamente a flaquear.

En aquel momento oyó la voz de la mujer:

—¡Dale, Kent, dale! ¡Mátalo de una condenada vez!

Kent abrió un instante los ojos, que tenía cerrados, vio que su enemigo atacaba descuidando de nuevo la guardia. Terrible error, porque los puños de Kent eran de los que no perdonan. El joven los movió dos veces, en alucinante compás, y la mandíbula de Evans pareció romperse como si fuera de cristal.

El capataz Tower y el otro vaquero se habían, recuperado ya, y desde el suelo contemplaban la pelea con ojos desorbitados por el asombro.

Evans retrocedió ahora. El dolor que sentía en el cráneo era vivísimo. Parecía como si un hierro al rojo le pinchara en los sesos, viniendo desde la mandíbula rota. Kent aprovechó el momento y disparó sus puños dos veces más, sin compasión, ahora él también a los ojos de su enemigo.

Las cejas saltaron materialmente, Evans quedó ciego. La sangre le impedía ver. Dio un par de golpes al azar y eso le costó recibir otro zurdazo demoledor en el hígado. A partir de aquel momento

las rodillas empezaron a temblarle y ya sólo pensó en cubrirse, pero ni eso pudo. Le fallaban los reflejos, le fallaba todo. Kent pudo golpear a placer y lo hizo sin compasión alguna. Tres golpes fueron a los pómulos, uno al estómago, otro a la mandíbula y el cuarto a la nuca.

Evans cayó de bruces, hecho un ovillo, y no se movió más. Produjo la impresión de que ya ni siquiera respiraba.

El capataz Tower se inclinó sobre su cuerpo.

—¿Muerto? —preguntó Kent, con indiferencia.

La verdad era que él jamás había matado a nadie de aquel modo, pero esta vez no lo hubiera sentido.

—No, no está muerto —susurró el capataz—, pero yo creo que tardará un día entero en recuperarse. Da la impresión de tener el cerebro machacado. Ha de verle un médico inmediatamente.

—Entonces llévelo a la ciudad —dijo Kent, tomando la iniciativa él mismo.

La mujer, desde lo alto de su caballo, dijo con voz pastosa:

—Ha sido un combate magnífico, magnífico…

Kent volvió la espalda lentamente, volviendo hacia el rancho.

No la miró tan siquiera.

CAPÍTULO X

Las cuadras del rancho eran enormes, y en la parte izquierda se alineaban los caballos, que descansaban ante los pesebres. La parte derecha, más cerca de la entrada, disponía de una gran extensión libre donde había una bomba de agua y donde los vaqueros acostumbraban a asearse algunas veces, si les era más cómodo que volver al pabellón donde dormían.

Eso fue lo que hizo Kent.

La cuadra le venía al paso, mientras que para llegar al barracón tenía que andar unas doscientas yardas más bajo el fuerte sol. De modo que se introdujo allí, se quitó la camisa, quedando desnudo de cintura para arriba, y accionó la bomba de agua para llenar un amplio lavadero donde podría remojarse bien.

Lo necesitaba, después de la ruda pelea, porque su pecho y espalda estaban bañados en sudor y sus cejas sangraban ligeramente.

El sol apenas penetraba en la cuadra, donde reinaba una grata y fresca penumbra. El olor a la paja fresca amontonada al fondo, llenaba el ambiente de un aroma extrañamente inquietante, sensual. Claro que Kent no captó nada de esto, porque para él lo único importante era lavarse la cara castigada por los golpes.

Lo hizo concienzudamente, remojándose además bien el pecho y la sudorosa espalda.

Una grata sensación de frescor y de paz se adueñó de él.

Luego tomó un gran paño limpio de los que colgaban de las paredes y se puso a secarse. Lo estaba haciendo cuando una voz espesa, cálida y pastosa susurró cerca de él:

—Hola, Kent…

Kent se volvió.

No se había dado cuenta, pero mientras estaba lavándose alguien había entrado en la cuadra. Era la dueña del rancho, la mujer por la cual había estado a punto de perder el pellejo y de la cual ni siquiera conocía el nombre.

Ella iba vestida como antes, pero había dejado el caballo a la entrada de la cuadra. Sus ojos apasionados, profundamente negros, recorrían pulgada a pulgada la espléndida anatomía de Kent. Su pecho opulento subía y bajaba lentamente, al compás de una respiración irregular.

—Te he estado observando mientras te lavabas, Kent.

—Ignoraba que usted conociese mi nombre, señora.

—Nos presentaron el día que yo llegué al rancho. ¿Es que ya no lo recuerdas?

—Claro que sí, pero tiene usted una magnífica memoria. Al menos le dijeron una docena de nombres aquel día.

—Yo me acuerdo de lo que me interesa, Kent.

—Gracias, señora.

Terminó de secarse, procurando no mirarla. Notaba, sin embargó, que el ritmo de la respiración de la mujer se hacía más y más irregular, más y más vehemente.

—Ha sido una magnífica pelea —dijo ella con voz ronca.

—Pues yo temí perderla.

—A ti no hay quien te venza, Kent. Ahora me he dado cuenta de que eres un hombre distinto de los otros.

—Yo soy igual que el resto de sus vaqueros, señora.

—¿Por qué me llamas así, por qué me llamas señora igual que si no nos conociéramos?

—Usted es la dueña del rancho.

—Ahora sólo soy una mujer.

La voz femenina se había hecho más ronca, más pastosa. Ella se había acercado y casi rozaba el pecho poderoso de Kent. El aroma enervante, sensual de la paja fresca les envolvía como un embrujo.

La penumbra era como un cómplice, como una voz secreta que les ordenara acercarse.

Ella repitió:

—Ahora sólo soy una mujer.

—De la cual ignoro hasta el nombre.

—Me llamo Lena…

Kent le tendió la mano.

—Encantado de conocerte, Lena. Y ahora permite que me vaya. Hay una barbaridad de trabajo en este bonito rancho.

Ella no cayó en el ardid, por lo demás bastante cogido por los pelos. Ni siquiera estrechó la mano que Kent le tendía.

—¿Es que no me entiendes? —musitó, con una voz cálida que palpitaba en cada sílaba.

—Sólo entiendo una cosa.

—¿Qué?

—Eres una mujer casada.

Ella lanzó una carcajada espesa y ronca, una carcajada tan repentina y hasta brutal que Kent se quedó anonadado.

No entendía aquello, y su única reacción fue dar un paso atrás.

Ella siguió riendo hasta que le faltó la respiración. Luego miró intensamente al joven.

—¿Casada? —preguntó.

—Eso es lo que todos creemos, ¿no?

—Justo, lo que todos creéis.

—¿Acaso no es cierto?

—Ese hombre, llamado Badmoral, es un aventurero con quien vivo. No puedo negar que me gustó en otro tiempo.

—¿No… es su marido?

—¡Qué va a serlo!

Kent confesó, y la verdad era que jamás había sido tan sincero en todos los días de su vida:

—No estoy acostumbrado a tratar mujeres como tú, Lena.

Creyó que aquello ponía las cosas en su punto y que ella se retiraría, pero se equivocó rotundamente. La frase no hizo sino excitar aún más la pasión de la mujer. El hecho de que Kent fuera un muchacho más bien inocente, a quien ella podría enseñar, sobrecargó la dosis de excitación que ya llevaban sus sentidos.

—¡Tonto! —gimió casi—. ¡Tonto!

La verdad fue que en las palabras de la mujer palpitaba casi la pena, y por eso Kent no supo reaccionar. Y es que cuando la pasión es demasiado grande se transforma en dolor, se convierte en algo que nos acompaña como una maldición. Lena se arrojó en brazos de Kent, igual que si su salvación única estuviera allí, y sus labios turgentes buscaron ansiosamente los labios del hombre.

Durante un momento aquellos labios estuvieron unidos.

Durante unos segundos que parecieron interminables aquellos dos cuerpos fuertes, sanos, palpitaron uno junto al otro.

Las manos de Lena se cerraban sobre la espalda de Kent con una fuerza increíble, demoníaca, mientras que la pasión desatada, a la que ya no quería poner freno, hacía estremecer todo su cuerpo.

Pero Kent no la tocaba.

El cuerpo del joven seguía tenso, lejano a pesar de que toda su sangre sentía la llamada obsesionante del cuerpo de la mujer.

Luego la rechazó suavemente. Lo hizo con educación, pero con inflexible firmeza.

—Vete, Lena.

—Estúpido… Badmoral no volverá hasta la noche…

—Vete, Lena.

Ella tardó en comprender.

Quedó unos instantes quieta, rígida, con los ojos extraviados, como si en su cerebro no entrara el hecho, para ella incomprensible, de que un hombre pudiera rechazarla.

Al fin se dio plena cuenta de la realidad. Sus ojos llamearon, y todo su cuerpo palpitó de ira.

—¿Debo entender que me desprecias, Kent?

—Considere que me he despedido de este rancho, señora.

—¡Imbécil! ¡Loco! ¡Perro vagabundo!

—Cierto, Lena. No soy más que un perro vagabundo. Una señora tan importante como tú debe evitar darme ciertas confianzas.

—¡Te acordarás de esto, maldito! ¡Nadie me ha despreciado todavía!

—No te desprecio; te ruego que reflexiones.

—¡Vete! ¡Maldito! ¡Vete de una vez!

La mujer estaba al borde del paroxismo. Parecía como si fuese a golpearle. Kent no temía eso, pero no deseaba que el contacto de sus cuerpos volviera a excitar a la mujer. Sabía que, en determinadas personas, los golpes son más excitantes que las mismas caricias.

—¡Vete!

Él susurró:

—Cierto, me marcho ahora mismo. Te ruego que me hagas preparar la cuenta, Lena. Volveré a cobrar dentro de un par de días.

Dio media vuelta y salió sin dirigirle una sola mirada, aunque oyó como los dientes de la mujer castañetearon de ira.

CAPÍTULO XI

Dallas ha sido siempre una ciudad turbulenta, como se ha demostrado repetidas veces a lo largo de su historia, y si ha habido una policía incapaz de imponer la ley, ha sido la de la populosa capital tejana.

Pero en aquella época Dallas era un verdadero torbellino, una especie de volcán donde se nacía, se amaba, se mataba y se moría a un ritmo que hubiera enloquecido, por ejemplo, a los pacíficos habitantes de Garden.

La ciudad estaba cerca del rancho, aunque los vaqueros tenían prohibido ir a divertirse allí, porque corrían el peligro de volver exhaustos o, lo que es bastante peor, de no volver ya nunca.

Pero como Kent ya se había despedido, nada le impedía ir a Dallas a tratar de olvidar lo ocurrido durante aquella agitada mañana. Por eso tomó su caballo, cargó su revólver y fue a la ciudad, a la que llegó ya mediada la tarde, cuando todo empezaba a animarse.

Los saloons, muy abundantes y lujosos, estaban ya llenos. Los comercios realizaban en aquellos momentos sus máximas cifras de venta. Los Bancos y las oficinas públicas ya habían cerrado. Diríase que todo el mundo estaba en la calle.

El bullicio, la animación, la alegría incluso, eran indescriptibles. Dallas daba la sensación de una ciudad en fiestas, a pesar de que aquél era un día como los otros, sin más novedad que la agradable temperatura que imperaba en el ambiente. No obstante, un hombre experimentado como Kent captaba lo peligroso del ambiente. Aquello era como un reguero de pólvora que de momento sólo produce un alegre chisporroteo parecido al de los fuegos artificiales, pero que en cualquier instante puede provocar el estallido de un

barril. Cualquier disputa, cualquier tiro aislado podían ocasionar una cadena de muertes, y así ocurría en efecto, por lo general, casi todas las noches.

Amarró su caballo ante un saloon.

No pensaba emborracharse, ni mucho menos, pero decidió que un poco de alcohol no le sentaría mal. Llevaba varias semanas sin probar una sola gota de *whisky*.

Justo estaba amarrando su caballo cuando vio llegar un grupo que le llamó la atención.

Lo componían sólo tres personas, las cuales iban en dos caballos. Uno estaba ocupado por un tipo rudo y fuerte, vestido de negro, armado con dos revólveres y en el que se adivinaba a un hombre de acción, uno de esos tipos para los que la muerte ha pasado a ser un juego o una rutina. En el otro caballo iban una mujer y un niño.

El niño debía tener unos cuatro años, era rubio y estaba bastante mal vestido. Daba la sensación de no haber podido comer bien últimamente, porque se le veía algo ojeroso y pálido.

Claro que lo que más llamó la atención de Kent fue la mujer, y eso que ella tampoco iba bien vestida.

Parecía mentira que, después de haber sentido aquella misma mañana el roce del cuerpo de la apasionada Lena, pudiera encontrar otra mujer que le pareciera más hermosa, pero fue así. Aquella desconocida que acababa de llegar a Dallas a lomos de un fatigado caballo tenía algo, «algo» que no tenían las otras. Quizá era su expresión serena, quizá su elegancia natural, quizá la luz tranquila y quieta de sus ojos. Kent no hubiera sabido decirlo, y sin embargo, se encontró mirándola como si no existiera otra mujer en el mundo y como si de la presencia de aquella desconocida dependiese nada menos que su vida entera.

Fue aquello, precisamente, lo que le hizo darse cuenta de lo sucedido a continuación.

Por lo visto había alguien que pensaba lo mismo que él, es decir que aquella mujer era bonita.

Un tipo alto, robusto, que vestía una elegante chaqueta de piel, se acercó al caballo en que ella iba montada, y al pasar le dio una fuerte palmada en el muslo, golpe que luego repitió en una parte más carnosa y mucho menos discreta.

La mujer quedó como paralizada por el asombro, e

instintivamente tiró de las riendas del caballo para detenerlo.

El hombre que la acompañaba hizo lo que quizá no debió haber hecho.

Tal vez hubiera bastado una buena patada al mentón de aquel individuo para enviarlo al suelo y dejar zanjado así el asunto, pero el acompañante debía ser un hombre de los de gatillo fácil, uno de esos tipos para los que una ofensa sólo se lava haciéndole al ofensor un agujerito en la frente.

Sacó el revólver y fue a tirar sin contemplaciones, mientras su boca escupía un:

—¡Maldito cerdo!

Pero hubo sorpresa, porque resultó que el tipo de la chaqueta de cuero era mucho más rápido que él.

Extrajo el revólver con una velocidad centelleante, y dos lenguas de fuego brotaron antes de que el otro hubiera puesto su «Colt» en línea de tiro.

Se oyó un grito.

El hombre vestido de negro cayó del caballo, pero aún no estaba muerto. Con una resistencia sobrehumana aún se mantuvo en pie, engarfiando el revólver, mientras gritaba:

—¡No tires más! Soy un fede…

El otro no hizo caso.

Sabía que ahora podía disparar cómodamente y disparó. Su tercera bala cercenó la cabeza del hombre vestido de negro.

Éste cayó al suelo, mientras el niño cerraba los ojos y la mujer que estaba junto a él en el caballo quedaba petrificada por el horror.

Pero aún pudo balbucir:

—Ese hombre a quien acaba de matar era de verdad un federal. Pagará caro esto.

—Muy bien, nena, pero mientras yo lo pago tú vas a bajar del caballo. Nos divertiremos un rato.

Ella fue a espolear al animal, pero el hombre de la chaqueta de cuero lo había adivinado y la sujetó por una pierna. Consecuencia de ello fue que la mujer cayó aparatosamente a tierra, haciendo un espectacular exhibición de piernas, mientras el niño caía al suelo también, y el caballo se encabritaba. Algunas risitas serviles y cobardes se oyeron en los porches cercanos al lugar de la escena.

El hombre sujetó a la desconocida violentamente por un brazo, para ponerla en pie, y la acercó a fin de besarla en la boca.

—Más valdrá que no te resistas, pequeña loba…

Un hombre se acercó parsimoniosamente al centro de la calle, con las manos a la altura de las caderas.

Aquel hombre era Kent.

Pensaba que hay días tranquilos y otros que amanecen como si los hubiera inventado el mismo diablo. Éste debía ser uno de ellos.

Sentía el revólver quemando en su costado como una cosa viva, como no había quemado nunca.

Dijo con suavidad:

—¿Y qué pasaría si ahora usted y yo tuviéramos un rato de conversación, mi pequeño amigo?

Al tipo de la chaqueta de cuero no le hizo ninguna gracia la interrupción, pero mucho menos lo de oírse llamar «pequeño».

Olvidó por un momento a la mujer, mientras se volvía poco a poco hacia el intruso.

—¿Quién eres?

—Me llamo Kent.

—¿Y por eso quieres morir?

—Cosas que se le ocurren a uno. Vete a saber, «pequeño amigo». Mi madre ya decía que yo era muy caprichoso.

Estaban a unos doce pasos. La distancia para el duelo era casi perfecta, y no había entre los dos ningún obstáculo.

—Tú eliges, Kent.

—La distancia me parece buena.

—Debes saber que luego me llevaré a la mujer. Cuando mueras, acuérdate de eso. Mientras a ti te llevan a una funeraria de tercera categoría, yo me iré con ella a un hotel de primera.

—Pues ya te felicito a partir de ahora, «pequeño amigo». Vas a disfrutar como un caballo.

Los dientes del otro castañetearon.

Estaba al borde del paroxismo. No podía más. Nunca se había enfrentado a un tipo como aquél, tan flemático, tan tranquilo y, al parecer, tan dispuesto a dormir aquella noche en una funeraria.

—¡«Saca»! —aulló.

Los dos se movieron a un tiempo. Mejor dicho, Kent quedó clavado en el suelo, sin alterar una pulgada la posición de sus pies,

pero su derecha voló hacia la culata.

Fue un gesto suave, medido, preciso. Un gesto de relojero.

El revólver pareció brotar como una prolongación de sus dedos. Tiró una sola vez, y el hombre de la chaqueta de cuero, alcanzado en mitad del corazón, se revolvió sobre sí mismo mientras lanzaba un aullido.

Ni siquiera llegó a disparar.

Cayó de bruces a tierra, bañando el polvo con su sangre, mientras Kent enfundaba el revólver suavemente.

CAPÍTULO XII

La mujer avanzó hacia él.

En medio de la luz crepuscular, su figura tenía algo de irreal, de extraña, que llegó como una misteriosa llamada hasta el fondo de los sentidos de Kent.

Pero éste siguió enfundando el revólver, sin querer mirarla.

Fue ella la que dijo:

—Gracias, señor.

—No debe dármelas.

—De no ser por su intervención, no sé qué hubiera ocurrido.

—Poca cosa. Estamos en plena calle, y ese tipo —señaló con el mentón al muerto—, se hubiera atrevido como máximo a besarla en la boca.

Se fijó entonces en el otro caído, en el hombre que había muerto en primer lugar, y susurró:

—¿Era de verdad un federal?

—Sí.

—¿Qué hacía?

—Nos acompañaba a mí y a mi hijo a un lugar cercano a Dallas donde suponía que yo iba a encontrar trabajo. Él recogió a mi hijo en circunstancias muy especiales, muy… muy trágicas. Desde entonces consideraba que su deber era ayudarle de algún modo.

—Siento que haya muerto —dijo Kent—. Adivino que era un hombre honrado.

—Un hombre duro, implacable, servidor de la ley cuando hacía falta, pero incapaz de hacer daño a un inocente.

—No tendrá para pagar su entierro, claro.

—No… no tengo nada.

Kent extrajo de uno de sus bolsillos todo lo que había ahorrado.

Aún le quedaba por cobrar algo en el rancho, pero de todos modos su fortuna daba risa.

Justo lo necesario para enterrar a un hombre.

Le dio el dinero a la desconocida.

—Se lo ruego, señorita. Me gustaría que fuese usted la que pagara el entierro de ese hombre, ya que él murió por ayudarla. Ese establecimiento que tiene al otro lado de la calle es una funeraria. Vea qué clase de entierro pueden hacerle por el dinero que ahora le entrego.

Ella accedió, recogiendo los billetes con mano temblorosa.

—Gracias, señor…

—Me llamo Kent.

—Gracias, señor Kent.

Ella cruzó la calle para dirigirse a la funeraria. En la calle, precisamente en aquellos instantes, se disolvía el grupo que se había formado con motivo de las dos muertes. Aquellas cosas llamaban la atención un par de minutos; luego todo el mundo seguía su camino, ya que los desafíos se habían convertido en algo banal, y los de las funerarias se encargaban de retirar muy pronto los «restos» después del combate.

Kent permaneció quieto, sin decidirse a marchar aún. Al otro lado de la calle, separado de él por los dos muertos, estaba el niño rubio que también había caído del caballo.

Aquel niño intentaba evitarlo, hacía esfuerzos desesperados para que no se le notase, pero estaba llorando silenciosamente.

Sus ojos, los del pistolero y los del niño se encontraron. Fue como si hubiera una comunicación misteriosa entre las miradas de los dos, a través del polvo de la calle.

Kent atravesó ésta, tomó al pequeño de la mano y fue a cruzar la calle nuevamente. En aquel instante aparecía de nuevo la mujer.

—Podrán hacer un entierro digno —dijo. No sé cómo agradecerle todo esto, señor Kent.

—No me llame «señor».

—Está bien. Perdón, Kent.

—¿Tienen inconveniente en entrar en ese saloon? Adivino que usted necesita un trago después de lo sucedido, y en cuanto al pequeño no le vendría mal un vaso de leche mezclada con un poco de *brandy*.

—Le advierto que no tenemos dinero.

—No importa, yo invito. No es que me queden demasiados dólares, pero tengo trabajo y…

De pronto recordó Kent que no tenía ni eso, que no tenía trabajo. Pero se encogió de hombros y entraron todos en el saloon.

Dentro el ambiente era abigarrado y tumultuoso, por lo que escogieron una mesa algo apartada. Kent encargó dos *whiskys* y un vaso de leche con *brandy* para el pequeño.

Todos bebieron en silencio, sin atreverse a hablar, como si una extraña timidez los dominase. En realidad, ella aún estaba asustada, y en cuanto a Kent sentía esa especial timidez que muchos hombres, al principio, sienten ante una mujer que les gusta demasiado.

Porque tenía la seguridad de que no había visto nunca una mujer como aquélla y probablemente nunca volvería a hallarla.

Debía tener unos veintitrés años, y estaba en lo mejor de su madurez. Seguramente fue madre cuando era aún una chiquilla, cosa frecuente en las tierras del Oeste. Tenía una figura espléndida, pese a la sencillez de sus ropas, un rostro casi perfecto y unos cabellos largos y tan suaves como un chorro de seda. Pero eran sus ojos lo que más llamaba la atención de Kent, unos ojos serenos y dulces detrás de los cuales parecía palpitar un mundo que él, Kent, el hombre solitario, no había conocido nunca.

Era una mujer que hacía pensar en el hogar, en la paz, en cosas que Kent siempre pensó que le estaban prohibidas.

Ella parecía adivinar sus pensamientos, porque al cabo de unos instantes musitó:

—Me desea, ¿verdad?

La pregunta fue tan inesperada, casi tan brutal que dejó sin respiración al hombre.

—No, no se sorprenda, Kent. He nacido en el Oeste y jamás me he movido de él. He visto en los rostros de los hombres todas las expresiones imaginables, las del que ama, las del que desea y las del que sufre. Me he acostumbrado a decir la verdad siempre, y por ello hablo así. Usted es una buena persona, Kent, pero está sufriendo porque le gusto y al mismo tiempo piensa que soy casada, ¿no es cierto?

Kent la miró directamente al fondo de los ojos.

A cada momento aquella mujer le parecía más inquietante, más

sugestiva, más extraña.

—Cierto —dijo—, pero se ha equivocado en algo. No es que usted me guste solamente. Me hace pensar en cosas hermosas que no he conocido nunca, por ejemplo, el hogar y la compañía de una mujer fiel. En fin, ¿para qué seguir diciendo tonterías? Nos hemos encontrado por casualidad y no volveremos a vemos nunca más. ¿Dónde está su marido? ¿Quiere que le lleve hasta él? Lo haré con mucho gusto.

Ella apretó los labios.

—Mi marido murió.

—¿Mu… rió?

—¿Le sorprende? Se llamaba Burt. Dudo que usted, un auténtico hombre del Oeste según parece, no lo haya oído nombrar.

—Burt… Burt…

—Había vivido en Garden. Lo apresaron allí.

De pronto todo el cuerpo de Kent sufrió como una sacudida. Bruscamente recordó.

—Burt… Yo estaba allí cuando lo detuvieron. Fue en el interior de la iglesia.

—¿Llegó a verle?

La voz de la mujer era ansiosa.

—No. Yo estaba entonces ciego. Había sufrido un accidente en una mina y no me había operado aún. Iba de un lado a otro, viviendo poco menos que de limosna. Fue Burt el que me entregó precisamente un billete con el que pude atender los primeros gastos de mi curación. A él se lo debo todo, absolutamente todo.

De pronto su rostro se alteró.

—Pero…

—¿Pero qué?… ¿Qué le ocurre? —preguntó ella, con voz de alarma, al darse cuenta del cambio experimentado en el rostro de Kent.

—Oí decir algo terrible.

—¿Qué?

—Que a Burt le había vendido su propia esposa.

Las facciones de la mujer se transformaron; palidecieron tanto que llegaron a parecer las de una muerta.

Sin embargo, susurró:

—No fui yo.

—Lo que dice es absurdo. Él estaba junto a su mujer cuando lo mataron, según se dice. Y conocía a su mujer perfectamente, como es natural.

Ella dijo con un soplo de voz:

—Burt no me había visto nunca.

—¿Có… cómo?

—Tampoco había visto nunca a la mujer que él consideraba su esposa.

—Sigo sin comprender. En este momento tengo la sensación de que mi cabeza va a estallar. Todo esto es incomprensible.

Ella dijo con un soplo de voz, con una emoción que hacía temblar cada sílaba de sus palabras:

—Burt también había estado ciego.

—Había estado ciego…

Kent se llevó un momento la derecha a los ojos. El torbellino que segundos antes bullía en su mente había sido sustituido por una gran placidez y por un sentimiento al que no sabía dar nombre, pero que estaba compuesto a partes iguales de compasión y de ira.

Compasión por Burt. Ira por lo que habían hecho con él.

—Ahora lo comprendo todo —musitó—. Ahora me doy cuenta de por qué Burt me ayudó al ver que era un ciego. Y ahora comprendo también el porqué de algo muy extraño que oí comentar en la población de Garden, mientras estuve en ella.

—¿Qué fue?

—A bastantes personas, al regresar Burt, les extrañó que éste no notara los importantes cambios que se habían producido en la pequeña comunidad. Por ejemplo, los jardines habían aumentado de tamaños y eran más hermosos. Las casas habían sido pintadas de blanco, y sin embargo, él no notó nada de eso. La conclusión es sólo una.

Fue la mujer quien lo dijo, adelantándose a sus palabras:

—Él había sido un ciego mientras estuvo viviendo en Garden.

—¿Cómo es posible que no lo notara nadie?

—Apenas salía de su casa. Se limitaba a estar ante la puerta, mirando al vacío, al parecer, pero en realidad sin ver nada. Había aprendido muy bien el oficio de relojero, y sabía colocar las piezas al tacto con mucha maestría. Puede que algunas personas notaran cosas extrañas en él, pero nadie supo darse cuenta con exactitud de

que era ciego.

—Por consiguiente…

—Jamás me había visto a mí… ni al niño.

—¿Era ciego cuando os casasteis?

—Sí.

—¿Tuviste compasión de él?

Ella denegó lentamente con la cabeza, mientras en sus ojos aparecía como un brillo lejano, delator de lágrimas.

—No fue eso. Burt era un hombre generoso y noble. Era el hombre más bueno que hasta entonces había conocido.

—¿Te amaba?

—Sobre todas las cosas.

—Debe ser terrible no poder ver a la persona a quien se ama —musitó Kent con voz opaca—. Y debe ser horroroso también no conocer al propio hijo.

Ella no contestó.

Sus ojos seguían teniendo un brillo lejano.

No oían los ruidos del saloon, no oían nada, salvo el susurro íntimo de sus propias voces.

—¿No has vuelto a amar? —preguntó él, en contra de su voluntad.

Ella tampoco contestó.

Sus manos, que antes habían estado quietas, temblaban ahora sobre la mesa.

—Para rehacer mi vida junto a un hombre —susurró—, éste tendría que ser al menos tan noble como lo fue Burt.

No supo por qué, pero Kent sintió un sordo dolor en el corazón. Un dolor lejano, pero profundo, porque aquellas palabras de la mujer le habían parecido como una despedida.

—¿Qué sucedió exactamente? —preguntó.

—Una mujer que me conocía, y que también se llamaba Lena, como yo, se llevó al niño.

—¿Con tu consentimiento?

—Sí. Me juró que lo cuidaría bien. Ella era joven y parecía honrada y buena. A pesar de que Burt nos enviaba algún dinero, pues se había ido a Garden a fin de no ser una carga para nosotros, la verdad es que mi hijo no tenía todo lo que necesitaba. Al lado de aquella mujer hermosa y afortunada, parecía que todo iba a ser más

hermoso para él. Por eso consentí y lo tuvo en su compañía un par de meses. Reconozco que mientras lo tuvo con ella, Henry fue muy bien tratado.

—Pero ella ya debía tener tramado su plan.

—En efecto. Quería que Henry le tomara confianza. Todo aquel trabajo bien valía los ocho mil dólares que iba a cobrar por la vida de Burt. Luego escribió a éste, pues Burt tampoco conocía mi letra, y le dijo que se reunirían para huir juntos en determinada cabaña que él sabría encontrar muy bien. Él aceptó, naturalmente.

—Pero los federales lo detuvieron antes, ¿no? Y sin embargo, consiguió llegar.

—Así fue.

—¿Cómo es que, al recobrar la vista después de la operación, no fue a veros en primer lugar a vosotros, en lugar de ir a Garden?

—Sabía que era un perseguido, y que no gozaba de libertad suficiente para vernos allí donde quisiera. Las cosas se habían complicado tanto para él, a causa de haber defendido a los indios de las reservas, que tenía que comportarse como un fugitivo. Sabiendo que llevaba a cuatro federales tras sus huellas, pensó que Garden era una pequeña ciudad donde éstos nunca se acercarían, un refugio seguro. Llevaba la carta de la otra Lena en su bolsillo y pensaba conocernos a los dos en la cabaña. En aquellos momentos Burt era un hombre feliz, en cierto modo. Pero la mujer a la que conoció en la cabaña no era yo misma, sino alguien que le había vendido miserablemente. Alguien que le hizo asesinar por ocho mil dólares…

Después de estas palabras se produjo un momento de amargo silencio. Diríase que ninguno de los dos respiraba. Estaban tensos, mirándose, y Kent sentía como si el sufrimiento de aquella mujer fuera su propio sufrimiento. Los ruidos del saloon no llegaban hasta ellos, como si estuvieran solos en una isla desierta.

Puso una mano, muy suavemente, sobre las manos temblorosas de la mujer. Fue solo un instante.

—Debes calmarte, Lena. Todo se resolverá para ti. ¿Era ese federal muerto uno de los que perseguían a Burt?

—Sí, y él fue testigo de la trampa. No pudo impedirla, pero le dio tanto asco que se llevó al niño y juró que lo convertiría en un hombre. Ahora… ahora ya no habrá nadie que lo haga.

Kent dijo rotundamente, como si la voz surgiera de lo más profundo de sí mismo:

—Yo lo haré.

—No debes aceptar ese sacrificio, Kent. No nos conoces…

—Conocí al padre de este niño, y para mí es bastante.

Se puso en pie, mientras dejaba unos dólares sobre la mesa.

—Habrá trabajo para ti en un rancho de las cercanías —dijo—. Yo me he despedido de él esta mañana, pero me admitirán de nuevo y podré resolver fácilmente la cuestión. ¿Vamos?

En aquel momento no se le ocurrió pensar que la Lena que había traicionado a Burt y la Lena del rancho pudieran ser la misma persona.

No, ni lo imaginó siquiera.

CAPÍTULO XIII

Cuando llegó al rancho en compañía de la mujer y el niño, el capataz Tower aún no estaba informado de que Kent ya no formaba parte de la pandilla del rancho. Atribuía su ausencia de un día entero, a que la dueña le había dado un permiso extraordinario, como prueba de gratitud por su brillante defensa ante Evans.

Para justificar allí la presencia de la mujer y el pequeño, Kent dijo una mentira como una catedral, pero una de esas mentiras piadosas que se dicen para ayudar a los otros.

—Me he casado, Tower.

—¿Te… te has casado?

—Ujú.

—Pues sí que te has dado prisa, cuerno.

—¿Por qué?

—Nunca he visto fabricar un chaval como ése en poco más de una noche.

—Ella ya lo tenía.

—¿Así era viuda?

—¡Qué inteligente es usted, Tower!

—Bueno. ¿Puede ella trabajar también?

—Por eso la he traído.

—Que se quede en la cocina; una mujer hace falta allí. Y en cuanto al chaval, de momento lo tendremos como ayudante en la cuadra. No es nada pesado. Sólo tendrá que distribuir el grano en el pesebre y cuidar de que los caballos no se irriten; allí se hará un hombre.

—Un hombre… —musitó Lena, con lágrimas en los ojos—. Todo un hombre…

Por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz, casi

absolutamente feliz, al estar junto a su hijo y junto a alguien que los protegería a los dos.

No se dio cuenta de que alguien los observaba desde una de las ventanas del rancho.

No se dio cuenta de que alguien había decidido va no sólo su sentencia de muerte, sino también la del pequeño Henry.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente Lena llamó a Tower, el capataz, y lo hizo comparecer en el amplio despacho donde se llevaba la administración del rancho.

—Quiero hablar con usted, Tower.

—Espero sus órdenes, señora.

—¿Quiénes eran la mujer y el niño que llegaron anoche con Kent?

—Pues… resulta algo difícil de explicar.

—¿Quiénes eran? ¡Hable!

Kent se casó con una viuda. Debió decidirlo repentinamente, en una sola tarde. El caso es que vino aquí con ella, pidiendo que los tuviéramos en el rancho.

—¿Y les diste trabajo?

—No podía negarme. A Kent le debemos favores y es un trabajador excelente. En cuanto a la mujer y al chico… Bueno, yo no tuve corazón para negarles nada. La mujer tendrá trabajo en las cocinas, donde nos hacía mucha falta, y el pequeño se acostumbrará a cuidar de los caballos. Poca cosa, para que se vaya ambientando, porque no es más que un niño, pero al menos se ganará lo que se coma.

Añadió, al ver que se iba oscureciendo el rostro de la mujer:

—Espero que a usted no le parezca mal, señora.

La cara de la dueña cambió repentinamente.

De pronto sonrió.

—Claro que no me parece mal, Tower.

—¿Entonces está bien hecho?

—Con una pequeña variación.

—Usted dirá, señora.

—Quiero que la mujer también trabaje en la cuadra.

Tower alzó la mirada, sorprendido.

—Comprendo que es una cosa que no tiene sentido. Yo no quiero contradecirla, pero…

—Lo hago para que la madre y el niño estén juntos. Parece mentira que no lo hayas comprendido enseguida.

—Ah, claro… Entonces es distinto, señora.

Tower se marchó, muy satisfecho, y durante dos días nada especial ocurrió en el rancho.

Kent no había comentado con nadie lo de su «boda», excepto con el capataz, y éste guardaba silencio. Seguía trabajando normalmente, y aunque no le gustó que Lena estuviera en la cuadra, donde únicamente se dedicaba a la limpieza, se resignó pensando que, al fin y al cabo, ella estaba con su hijo.

La vida era dura en el Oeste para mucha gente, bastante más dura de lo que imaginaban los que cada año llegaban allí cargados de esperanzas. Pero él conseguiría un porvenir mejor para la mujer y el pequeño. Se sentía otra vez en plena forma física, y con capacidad para hacer lo que fuera necesario. Estaba totalmente seguro de conseguir sus propósitos.

De una forma insensible, sin darse cuenta él mismo, se iba sintiendo más y más atraído por aquella mujer silenciosa, sufrida, humilde, que había pasado por todas las penas de esta vida y que sin embargo aún conservaba la dignidad. No sólo era por gratitud hacia el hombre que le ayudó, sino también por algo muy distinto, muy íntimo y muy dulce. Comprendía que aquella mujer, en el fondo, nunca conoció el amor, como él no lo había conocido tampoco. Comprendía que una nueva vida podía empezar para los dos con sólo mirarse una vez al fondo de los ojos, con sólo decirse una palabra.

Burt, desde el lugar del otro mundo en que se encontrase ahora, vería aquello con agrado. Kent estaba seguro de que no se podía sentir un cariño más limpio, más desinteresado, por una mujer y un niño.

Pero las cosas tenían que suceder de distinto modo a como Kent había soñado. Exactamente empezaron a producirse de distinta manera al cabo del tercer día.

Badmoral, que ya estaba un poco cansado de vivir siempre con

la misma mujer, se presentó aquella mañana en el dormitorio de Lena, su amiga, la mujer a cuyo nombre estaba puesto aquel rancho que pronto valdría una fortuna.

Lena desayunaba en la cama, y comía poco a poco y golosamente. Era una mujer intensamente materialista, pero llena de vida y de salud, y por lo tanto también intensamente deseable. Badmoral, la había deseado mucho, casi rabiosamente, cuando sus relaciones empezaron. Ahora todo aquello pertenecía un poco al pasado, y él había ido conociendo mujeres más apetitosas, o al menos más dulces, que Lena. Pensaba en esto mientras la veía comer y desperezarse de vez en cuando voluptuosamente, y mientras se daba cuenta de que sólo pensaba en sí misma.

Pero, al fin y al cabo, ¿qué hacía él también? Habían nacido el uno para el otro. Formaban una pareja que seguiría unida hasta la muerte, porque sus gustos y sus intereses eran comunes.

Sin embargo, otros pensamientos más importantes ocupaban ahora a Badmoral.

Ella lo notó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó, mientras dejaba a un lado la bandeja del desayuno—. Te veo preocupado.

—Últimamente he tenido mala suerte en el juego.

Ella frunció el ceño.

—Ya notaba que volvías a altas horas de la madrugada, pero nunca creí que jugaras. De modo que has vuelto a las andadas, ¿eh? Sabes que el juego es algo que me da asco.

—No tienes derecho a exigirme nada. No eres mi mujer.

Como si lo fuese. Incluso soy algo más que eso. ¡Y el juego nunca he podido soportarlo!

—No opinabas lo mismo cuando, con los ocho mil dólares de recompensa que ganamos con lo de Burt gané cien mil en una sola noche.

—Aquello fue una racha que no se volverá a repetir.

Por eso hice que con los cien mil machacantes compráramos este rancho, y te obligué a jurar que nunca más tentarías la suerte.

Él se excusó en un amplio gesto de sus brazos.

—Bueno, el juego es una distracción…

—Pero te puede costar llevarnos a la ruina. Todos nuestros esfuerzos no servirían de nada. ¿Cuánto has perdido?

—¡Lo que he perdido puedo recuperarlo!

—¿Cómo?

—Yo tengo mis ideas.

—Me gustaría saber cuáles son.

—He asegurado este edificio.

—¿Por cuánto?

—Diez mil dólares, que es todo lo que he perdido.

Ella se rió insolentemente, poniendo nervioso al hombre. Sus dientes sanos y su actitud felina acentuaban la burla.

—¡Pobrecito mío! ¿Y cómo quieres que te paguen el seguro? ¿Destruirás esto?

Por ahora lo que hay en este edificio es provisional.

No vale ni cinco mil dólares.

—Pero no podrás decir que lo has destruido tú.

—Diré que lo han hecho los amigos de ese chulo al cual mató Kent el otro día. Una venganza por su parte parecerá muy lógica. La compañía de seguros no se meterá en líos, sabiendo que yo soy un ranchero importante. Pagaré la cantidad y basta.

Ella volvió a reír, más insolentemente que la vez anterior.

—Tú no vales para esas cosas, pobrecito mío. Tú nunca has pasado de ser un cazador de hombres, un cochino pistolero que la mitad de las veces mataba a traición. En cuanto tengas que hacer algo más complicado, te perderás sin remedio. —Hizo un gesto enérgico—. Bueno, me molesta esta conversación. Tú no harás nada, de modo que estoy tranquila. Anda, vete.

Él, que estaba sentado en un borde de la cama, se puso en pie. Sus ojos brillaban de humillación. Lena le había tratado no sólo con una indiferencia desacostumbrada, sino poco menos que como un inútil.

—¿Hay otro hombre? —Gruñó.

—¿Te he preguntado a ti acaso si hay otra mujer?

—Sería distinto.

Ella volvió a reír estridentemente, mientras tomaba un último bombón que había olvidado sobre la bandeja, y lo introducía entre sus labios pulposos y húmedos.

—Sería lo mismo, pobrecito mío. Anda, lárgate. Si esperas que me derrita con tu presencia, puedo asegurarte que no lo conseguirás. Tú, Badmoral, cariño, empiezas a estar ya un poco

pasado de moda.

Él apretó los puños, y durante unos segundos pareció como si fuera a saltar sobre la mujer.

Al fin se contuvo.

Dando media vuelta, con las mandíbulas peligrosamente encajadas, gruñó sordamente:

—¡Esto lo arreglaré a mi modo, te lo juro!

Ella no se preocupó ni poco ni mucho.

Le despidió con otra burlona carcajada.

En aquel momento sus pensamientos estaban ocupados por otras dos cosas mucho más concretas y placenteras; lo que había de hacer con la mujer y el niño que estaban en la cuadra y lo que tendría que hacer para rendir a Kent. No podía arrancar a éste de su memoria, y con más motivo por cuanto era el único hombre que se le había resistido hasta entonces. Lena estaba acostumbrada a que todos cayeran a sus pies, y éste no sería una excepción.

Seguro.

¡Y cuando lo tuviera vencido y sediento de amor a sus plantas se vengaría! ¡Lo humillaría todo lo que se puede llegar a humillar a un hombre!

Saltando de la cama, se vistió de amazona, con unas ropas muy ceñidas que marcaban rotundamente las curvas de su cuerpo, y llamó a Belter, uno de sus hombres de confianza.

Belter había sido su guardaespaldas durante bastante tiempo, y ahora figuraba en el equipo del rancho por deseo especial suyo. Era un tipo hosco, silencioso, que jamás hablaba con nadie y se pasaba horas y horas, cuando no había trabajo, repasando su revólver.

Sus ojos brillaron al contemplar la belleza radiante de la mujer, a pesar de que estaba acostumbrado a verla. Pero, como de costumbre, no hizo ningún comentario.

—Te necesito, Belter.

—Tú dirás, Lena.

—Has de cerrar herméticamente la puerta de la cuadra.

—Bien.

—E incendiarla. Tienes que pegarle fuego con todo lo que haya dentro.

Las cejas de Belter se alzaron a causa del asombro.

—Pero, Lena, los caballos…

—Todo el mundo se ha marchado ya al trabajo, y sólo quedan tres o cuatro pencos. No vale la pena sufrir por ellos. Pero, sobre todo, que no salgan ni la mujer ni el niño.

Belter no contestó.

Sus labios estaban contraídos.

Era imposible saber lo que pasaba por detrás de su frente estrecha, primitiva, de hombre que nunca ha pensado más allá de un par de minutos seguidos.

—Tendrás mil dólares por ese servicio.

Belter movió la cabeza lentamente, de arriba abajo.

—No saldrán. Ni la mujer ni el niño.

—De acuerdo; confío en ti. Pero antes deberás hacer otra cosa. Llamarás a Kent. Le dices que tengo interés, mucho interés en verle precisamente aquí.

—Lo haré como tú dices.

—Ahora lárgate.

Belter dio media vuelta en silencio, como siempre, disponiéndose a obedecer, y Lena distendió sus labios en una sonrisa de satisfacción.

Así daba gusto.

Salió a caballo, procurando que todos la vieran, y estuvo media hora galopando por los alrededores. Era el tiempo que calculaba tardaría Kent en llegar hasta la casa donde a aquellas horas no quedaba nadie. Sería una cita íntima, en el mejor ambiente que ella podía soñar.

Penetró por la puerta trasera, sin que nadie la viese, y aguardó.

Todos sus planes, los más inconfesables y los más bajos, pero también los más deliciosos para ella, iban a realizarse… aquella misma mañana.

Belter había avisado a Kent, quien trabajaba en uno de los extremos del rancho. Kent, muy a pesar suyo, comprendió que no debía desobedecer sin motivo una orden de la dueña, y encogiéndose de hombros dijo que iría apenas terminase de repasar una porción de alambre de espino.

Luego tomó su caballo y regresó sin ganas, al trote corto. Belter se le había adelantado ya.

En cuanto llegó junto a las cuadras, el sicario se dispuso a obedecer la segunda parte de las órdenes de la dueña. Se acercó a

las cuadras, introdujo la cabeza para cerciorarse de que la mujer y el niño estaban dentro y, sin una palabra, cerró de golpe, asegurando la puerta desde el exterior.

Luego, por uno de los ventanucos, el cual coincidía exactamente con los montones de paja, arrojó una tea encendida. Enseguida brotó una violenta llamarada.

Nadie se encontraba en las cercanías, nadie le había visto. El horrendo crimen se desarrollaría en la más absoluta impunidad.

Al principio no oyó nada. Sin duda la mujer encerrada allí no acababa de creer lo que estaba viendo, y era incapaz de reaccionar. En su cabeza no debía entrar la posibilidad de aquel horror, de aquella monstruosa muerte.

Luego gimió, pero no fue por ella.

—¡Mi hijo! ¡Saca a mi hijo!

Belter no contestó. Sus ojos estaban quietos y su expresión impasible como la de un indio.

En este momento no sentía nada. Su corazón era como una cosa sin vida, incapaz de palpitar. La tranquilidad que le dominaba era absoluta. El pensar en la horrible muerte a que había condenado a dos seres inocentes no le causaba la menor emoción.

La voz de la mujer fue desgarradora:

—¡Mi hijo! ¡Por Dios, te lo suplico! ¡Saca al niño de aquí!

El niño, cosa extraña, no lloraba. «Hubiera sido todo un hombre —pensó Belter de una manera inconcreta y lejana—. Claro que cuando saquemos sus huesos calcinados nadie le reconocerá».

Los caballos, enloquecidos, patearon contra las gruesas paredes de madera. Las llamaradas despedidas por la paja alcanzaban ya el techo. El grito de la mujer fue esta vez más amargo, más desesperado, más lento…

—Mi hijo, mi hijo, mi hijo…

«Hay que ver lo que son las madres. Sin duda las llamas la rozan ya a ella, y sin embargo…», fue todo lo que se le ocurrió pensar a Belter.

Y de repente oyó el galope de un caballo.

Se volvió de pronto, para encontrarse con la mirada llameante de Kent. Los ojos de éste despedían más fuego que la cuadra, más llamas que las profundidades del infierno mismo. Belter comprendió lo que iba a suceder y sacó el revólver. Kent no le dio tiempo a

utilizarlo, lanzándose desde el caballo, como un tigre, sobre el cuerpo del sicario.

El disparo de éste se perdió en el aire.

Kent no empleó más de dos segundos con un tipo así. Había sacado, al saltar, su cuchillo de desollar reses, y lo empleó como si Belter fuera una bestia. Ni una consideración, ni una duda. Le abrió la garganta de un solo tajo y luego le abrió el corazón de un profundo corte, mientras sus dientes rechinaban de rabia.

Siguiendo su impulso, aún hubiera dado más cuchilladas a aquel perro, pero oía el llanto desesperado de la mujer y no podía perder un solo segundo.

De dos brutales golpes derribó la puerta, después de desatrancarla. Los caballos, enloquecidos, fueron los primeros en salir, derribándoles aparatosamente. Luego Kent dio un salto hacia adelante, mientras sus dientes volvían a rechinar de rabia, y se introdujo entre las llamas. Sacó materialmente de ellas a Lena y a su hijo, que estaban estrechamente abrazados, y en cuyas ropas ya habían empezado a prender las lenguas de la inmensa hoguera.

Fue entonces cuando Kent sintió una cosa húmeda en los ojos. Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de lo mucho que podía llegar a querer a aquella mujer y a aquel pequeño.

Palmeó sus ropas, hasta apagar por completo las llamas, y los alejó a toda prisa del incendio. Sólo cuando se percató de que ya no corrían peligro, respiró profundamente.

Su mano derecha fue al encuentro de los cabellos de la mujer, que lloraba en silencio mirándole.

Y los acarició dulcemente.

CAPÍTULO XV

Cuando acababa de salvar a la mujer y al niño tuvo Kent que abandonarlos, porque acababa de oír algo que no comprendía. ¡Un chisporroteo detrás de la cuadra!

No era el chisporroteo de las llamas, sino… ¡el que produciría el fuego al circular sobre un reguero de pólvora!

Incapaz de comprender aquello, Kent corrió hacia la parte posterior de la cuadra, y entonces vio allí un espectáculo que le dejó sin respiración y sin habla.

Desde la cuadra en llamas partía un ancho reguero de pólvora, el cual llevaba directamente al cercano edificio principal del rancho, en cuyo porche había apilados varios barriles, sin duda llenos del mismo explosivo. Había bastante para enviar todo el edificio al infierno… ¡y sin embargo Badmoral, el dueño de todo aquello, contemplaba el avance de las llamas la mar de satisfecho!

Kent rugió:

—¿Pero qué hace, maldito?

—¿No lo ve? Voy a provocar una explosión.

—¡Está loco!

—Nunca he tenido la cabeza mejor sentada sobre los hombros. Y cuidadito con hablar cuando venga el inspector de la compañía de seguros. ¡Cuidadito porque en ello le va la vida!

Kent repitió, sintiendo que su propia respiración le abrasaba los pulmones:

—¡Está loco, rematadamente loco!

—¡Quiá! ¡Todo está calculado muy bien! Incluso puedo jurar que ni yo mismo he provocado ese fuego de la cuadra. Me ha bastado aprovechar la ocasión, tender el reguero de pólvora y…

Ahogándose materialmente, Kent gritó:

—¡Ella está en la casa!

—¿Quién? ¿Lena?

—¡Está en la casa! ¡Me ha dicho que me esperaba allí!

—¡Mientes!

Badmoral parecía al borde de una crisis nerviosa. Sus manos estaban engarfiadas, sus ojos despedían fuego.

—¡Mientes! —aulló—. ¡Mientes! ¡Yo mismo la he visto salir!

—¡Pero ha debido entrar otra vez por la parte trasera de la casa! ¡Seguro que está allí!

—Tú quieres hacer fracasar mis planes… ¡Tú eres un perro maldito como todos los demás…!

Kent se dio cuenta de que hablaba con un obsesionado. No quiso hacerle más caso.

El reguero de pólvora ya estaba encendido a un par de yardas de los barriles, y él tenía que llegar antes allí.

Volvió la espalda y corrió para apagar el fuego con sus botas.

En aquel momento oyó un aullido a su espalda, junto con el «tlic» del martillo de un revólver al alzarse.

Instantáneamente, con esa velocidad que sólo da el estar habituado al peligro, Kent se volvió mientras «sacaba».

Sonaron dos disparos, y de los revólveres brotaron dos rabiosos lengüetazos de fuego. Pero sólo uno llegó a su destino.

Badmoral se encogió, mientras el aullido se repetía en su garganta. Tuvo un estertor, y cayó sobre el reguero de pólvora ya extinguido. Kent se dio cuenta de que la bala había sido mortal. Él, por instinto, tiraba siempre a matar cuando ya no había tiempo para reflexiones. Lanzó el revólver a un costado, para no perder tiempo ni en enfundarlo, y volvió de nuevo la espalda para correr hacia el final del reguero.

Un grito de horror escapó de su garganta.

¡Había perdido unos segundos preciosos!

¡Ya no llegaría a tiempo!

El fuego estaba ya materialmente sobre los barriles atiborrados de pólvora. En aquel momento la puerta se abrió, y una mujer vestida de amazona, con el rostro desfigurado por el espanto, pretendió saltar. Sin duda la dueña del rancho había oído los disparos y los gritos, y en el último instante había comprendido lo que sucedía.

Llegó a pisar los barriles.

Un instante más y quizá hubiera saltado…

Kent contuvo un nuevo grito de horror.

En aquel momento las llamas alcanzaron el final de su macabro trayecto. Llegaron a los barriles.

El aullido de la mujer estremeció el aire, lo llenó de espantosos acentos.

¡Y la explosión se produjo!

Kent se lanzó al suelo, mientras pavesas incendiadas y pedazos de madera saltaban en todas direcciones. Al cubrirse la cabeza con ambas manos consiguió que ninguno de aquellos restos lanzados al aire le dañara seriamente, pero aun así, cuando pudo ponerse en pie, tenía la sensación de haberse roto las costillas.

El espectáculo que vio le hizo quedar sin respiración.

De la casa no quedaba prácticamente nada. De la orgullosa mujer que dos minutos antes era su dueña, menos que nada.

Jamás hallarían ni siquiera sus restos, ni una gota de su sangre.

Kent, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, giró sobre sus pies y regresó junto a Lena, que abrazaba al tembloroso niño.

Les tendió la mano suavemente, ayudándoles a ponerse en pie.

—Vamos —susurró—. Ya no tenemos que hacer nada más aquí.

Jamás una mujer había depositado con tanta confianza una mano sobre la suya. Jamás un niño se había entregado tan tiernamente a él, como si fuera su verdadero padre.

Kent los acompañó en silencio hacia la salida del rancho. De pronto oyó el galope de dos caballos.

Se volvió y pudo ver a Tower, el capataz, que montaba un hermoso corcel, llevando de la brida a otro.

—¡Eh, Kent!

—¿Qué hay, Tower?

—Lo he visto todo desde lejos, mientras galopaba hacia aquí. ¿Se larga?

—Sí, Tower. Ya no hay nada que hacer aquí.

—Pero necesita por lo menos un caballo. Un caballo y un amigo. ¿No cree que un vaquero que conoce su oficio, como usted, y un capataz como yo podemos encontrar trabajo más fácilmente? Además, los niños no suelen conformarse con tener sólo un padre. También les interesa tener un tío con quien jugar y que les preste

dinero a escondidas de vez en cuando. ¿Qué? ¿Me aceptáis en la familia?

Kent sonrió.

Por primera vez en mucho tiempo, su sonrisa era feliz.

—Claro que te aceptamos, Tower. A ti y a los caballos. Porque un chico del Oeste necesita un caballo también.

Y tendió la mano a Tower, mientras éste se acercaba jubilosamente.

FIN